

RESEÑAS

L'Arca invisibile. Studi sull'Arca di Cipselo, a cura di Marco GIUMAN, Cagliari, Edizioni AV, 2005, 219 pp., ISBN 88-8374-026-2.

La *Descripción de Grecia* de Pausanias, un auténtico tesoro de tradiciones religiosas y mitológicas, constituye una fuente excepcional para el conocimiento de monumentos y obras de arte en su mayoría desaparecidas. Es el caso de un precioso exvoto, el Arca consagrada por los descendientes de Cipselo, tirano de Corinto, que aún pudo contemplar nuestro escritor durante su visita al templo de Hera en Olimpia y de la que ofrece una pormenorizada descripción (V 17, 5-19, 10). Del interés de arqueólogos e historiadores por hacer visible esta obra perdida se hace eco la profesora Angiolillo al presentar estos estudios, fruto de un seminario desarrollado en la Universidad de Cagliari.

El editor, Marco Giuman (“Introduzione ad un’immagine che non c’è”, pp. 9-14), se sirve del paralelismo con el texto de Vasari sobre la Bataglia di Anghiari, fresco desaparecido de Leonardo, para ilustrar, además de algunos problemas intrínsecos a la *ékphrasis*, las dificultades de Pausanias a la hora de identificar e interpretar imágenes concebidas ocho siglos antes y de transmitir las al lector, quien, por su parte, desconoce los criterios que condicionaron su tarea. Como punto de partida, y frente al mero registro de datos, Giuman propone ampliar el contexto exegético y conceptual de la obra, tomando como guía la curiosidad de saber qué se esconde en la caja. La Introducción se completa con el texto griego y su traducción italiana, y con un anexo cartográfico de los lugares involucrados (cf. pp. 15-30).

Simonetta Angiolillo (“La forma dell’Arca”, pp. 31-36) realiza una clarificadora síntesis de las diferentes propuestas de reconstrucción desde el siglo XVIII hasta R. Splitter (*Die “Kypseloslade” in Olympia: Form, Funktion und Bildschmuck*, Mainz, 2000). Respecto a la forma, la terminología de Pausanias, (λάρναξ), apuntaría a una especie de cofre o baúl rectangular, si bien la derivación del nombre de Cipselo a partir de κυψέλη, según el periegeta sinónimo de λάρναξ, que en otros pasajes designa recipientes cónicos - una cesta o una colmena-, se alega a favor de la forma cilíndrica, hipótesis que no se aviene con las indicaciones del texto sobre la orientación de la lectura. En cuanto a la organización y distribución de los motivos, se descarta que las cinco zonas decorativas establecidas por Pausanias abarcaran sólo el frontal. A nuestro juicio, para la forma y función del continente habría que tener en cuenta las aportaciones de F. Lissarrague (“Women, Boxes, Containers: Some Signs and Metaphors”, en E. D.

Reeder (ed.), *Pandora. Women in Classical Greece*, Baltimore, 1995, pp. 91-101; catálogo comentado de E. Reeder: pp. 195-199; 203-205; 267-276. En el mismo sentido, véase la reseña a Splitter de M. D. Stansbury-O'Donnell: *AJA* 106 (2002), pp. 131 s.).

En el capítulo siguiente (“I saggi tiranni: i Cipselidi. Introduzione storica e geografica all' Arca di Cipselo, pp. 37-54) Alfonso Stiglitz sitúa al objeto en el escenario de la emergencia de la tiranía en Corinto, una ciudad cuya situación privilegiada -entre dos mares, entre dos Grecias y entre Oriente y Occidente- marcará su devenir histórico. Traza un excelente panorama de la eficiente y diversificada economía corintia, así como de la desigual representación de las distintas etnias en la esfera política, factores ambos que explicarían el golpe de estado de Cipselo. En función de los discursos legitimadores del tirano, articulados sobre todo por su hijo y sucesor Periandro, cobran sentido las ofrendas a los grandes santuarios de donde se hacía dimanar su autoridad: Delfos, el oráculo que anunció a Cipselo, y Olimpia, donde se refugió huyendo de los Baquiadas, la estirpe materna que estaba llamado a destronar. En conclusión, nos encontramos ante un objeto rico en simbolismos tanto respecto al comitente, que aspiraba a insertarse en las grandes sagas heroicas, cuanto para quienes lo contemplaban como una enciclopedia del saber arcaico.

Según Maria Adele Ibba (“L' Arca di Cipselo: un omaggio agli dei di Olimpia”, pp. 55-80), las tensas relaciones entre Periandro y Delfos explicarían que Olimpia recibiese tan magnífica donación, probablemente en agradecimiento por una victoria en los Juegos. Esta hipótesis, basada en la lectura- quizá algo forzada- de un fragmento de Éforo, explicaría la importancia de la agonística como núcleo argumental del Arca. En un segundo apartado, se analizan las relaciones entre el programa figurativo y el territorio de Corinto, atendiendo en particular a los cultos vinculados con los Cipséidas. Los distintos episodios míticos remitirían, de manera directa o implícita, a lugares sagrados de la ciudad, si bien los hallazgos arqueológicos no permiten una identificación segura con la actividad edilicia de los tiranos. Así, el Arca testimonia la importancia de Afrodita y la asociación cultural entre Hera y Medea, aunque, paradójicamente, no se representa ni a Zeus y ni a Poseidón, mientras que Dioniso y Ártemis, sin templo en la ciudad arcaica, ocupan un lugar destacado.

La contribución de Tatiana Cossu (“Il programma figurativo dell' Arca di Cipselo e la propaganda politica di Periandro”, pp. 81-164), constituye el núcleo de la monografía. Al hilo de la descripción de Pausanias, realiza un exhaustivo comentario de las escenas sucesivas, donde la saga de los Argonautas y la materia troyana se combinan con mitos peloponesios y trabajos de Heracles, apareciendo además varias divinidades. Este abigarrado conjunto, casual y caótico sólo en apariencia, cobraría sentido en un contexto doble: uno externo - plasmado en la franja central, la única sin tema mitológico ni epigrafía- y otro interno, las escenas yuxtapuestas y frecuentemente

con inscripciones, que propone leer tanto en sentido horizontal, como vertical. Siguiendo estos ejes, la autora va desvelando diversos vínculos especulares entre los episodios, para concluir que el Arca simboliza la alianza matrimonial entre los Cipsélidas y una noble familia ateniense, acontecimiento representado en la parada militar de la zona central, y cuyos paradigmas heroicos serían las bodas de Peleo y Tetis - acertadamente identificadas en la franja superior a pesar de Pausanias-, y los esponsales de Jasón y Medea de la zona segunda. La recurrencia de temas nupciales y agonales se manifiesta por doquier, pero particularmente en la cuarta franja, donde se alternan parejas (Bóreas y Oritía, Teseo y Ariadna, Melanión y Atalanta, etc.) y combates (Heracles y Gerión, Aquiles y Memnón, Hectór y Áyax, etc.), es decir, las dos formas aristocráticas de obtener y confirmar esa realeza de la que intentan apropiarse los tiranos (*cf.* pp. 150-154). Aunque la exposición de Cossu suele estar sólidamente fundada, no siempre resulta convincente. Por ejemplo, en los juegos funerarios de Pelias, Pausanias sitúa junto a Heracles a una mujer tocando la flauta, la cual es identificada con Olimpo, discípulo de Marsias, sin argumentos de peso (p. 91). Más discutible parece su comentario de las tres escenas iniciales de la franja segunda, una sucesión de personificaciones que suponen uno de los grandes retos para cualquier exegeta del Arca. Mientras que las didascalias aclaran las dos primeras (*Nýx*, *Hýpnos* y *Thánatos*; *Dike* y *Adikía*), ante la incertidumbre de la siguiente el mismo Pausanias conjetura que las dos mujeres que golpean en morteros, son “expertas en fármacos”. Frente a otras opciones, la autora se decanta por las Horas, dada su vinculación con la fertilidad, con Deméter y, por tanto, con la simbología hierogámica del Arca (pp. 105-112). Tal hipótesis no sólo carece de apoyos figurativos, sino que resulta contradictoria con la iconografía de esta tríada divina. Por nuestra parte, a la luz de la clásica monografía de C. Ramnoux (*La Nuit et les enfants de la Nuit dans la tradition grecque*, París, 1959, omitida en la bibliografía), consideramos que la escena tercera continúa la simbología cosmológico-política de las precedentes, y apuntamos la posibilidad de identificar a las enigmáticas mujeres con las dos Érides glosadas por Hesíodo (*Trabajos y Días* 11-30).

Giuseppina Ragucci (“L’Arca di Cipselo. Breve appendice iconografica”, pp. 165-220) cierra el libro situando las imágenes en la tradición artística. Desde el punto de vista estilístico, reconoce una matriz corintia, con evidentes influencias orientales, pero con paralelos en ejemplares laconios y protoáticos. Por otra parte, el artista debió reinterpretar el patrimonio mitológico panhelénico, introduciendo novedades a mayor gloria de los comitentes. En las cinco zonas decorativas Ragucci va señalando los mitos para los que la pieza es nuestro primer o único testimonio, y aquellos otros que responden a una tradición figurativa, lo cual no descarta variaciones de detalle. El propio material disponible condiciona no sólo el tratamiento desigual de los episodios, sino las posibilidades de hacer visible los ambientes descritos por Pausanias, un reto difícil que

la autora suele culminar con éxito. No obstante, la lectura podría haber resultado más provechosa de haberse facilitado el acceso al contenido de las 55 fichas iconográficas (pp. 180-193), insertándolo ya en el propio cuerpo del ensayo, ya en las notas a pie de página. Sin duda, los consabidos obstáculos editoriales justifican la colocación de las 47 ilustraciones aludidas en un anexo (pp. 198-219).

En el proemio S. Angiolillo señalaba que a pesar de la importante bibliografía sobre el Arca aún quedaban aspectos por analizar de manera exhaustiva, tarea para la que este libro podría resultar útil. Este objetivo se ha cumplido sobradamente, por lo cual no cabe sino felicitar a sus autores. En efecto, en los distintos capítulos y a partir de una adecuada selección bibliográfica se realiza una síntesis de la investigación previa respecto al marco geográfico, económico y cronológico del exvoto, y sobre los objetivos políticos e ideológicos que determinaron su programa figurativo. Además, bajo el impulso de una curiosidad científica encomiable, se proponen algunas interpretaciones novedosas, que sin duda deberán ser valoradas por quienes se enfrenten en el futuro con las múltiples caras de este cofre.

Con este mismo espíritu nos permitimos algunas observaciones y sugerencias de carácter general. En primer lugar, quizá unas conclusiones recapitulares hubieran evitado reiteraciones sobre un mismo tema - la cronología, por ejemplo -, en tanto que la síntesis de debates dispersos en los distintos apartados habría ayudado a situar o dilucidar cuestiones importantes. Así, hasta qué punto el programa iconográfico está condicionado, de un lado, por la forma y función del arca, y, de otro, por la popularidad en su época de ciertos temas míticos, por no mencionar la impronta de la fuente. En efecto, desde nuestro punto de vista la mayor carencia de la monografía es haberse despreocupado del Pausanias exegeta, a pesar de sus valiosas observaciones al hilo de la descripción, lo cual habría dado para otro capítulo o, al menos, para un comentario sucinto (véase E. Simon en *EAA* IV (1961), pp. 428-430). Finalmente, la presentación del texto griego (a partir de G. Maddoli y V. Saladino, Milán, Fondazione Lorenzo Valla, 1995) desmerece del nivel general de la monografía, debido a la casi sistemática utilización de las minúsculas tras punto y a los numerosos errores en la acentuación grave (*cf.* pp. 15-21 *passim*; 57). Como simples erratas anotamos $\chi\acute{\alpha}\rho\alpha$ por $\chi\acute{\omega}\rho\alpha$ (p. 144) y, en las referencias bibliográficas, la fecha del trabajo de Massow (1926 por 1916: p. 32, n. 12; p. 36), así como el apellido "Millares" en lugar de Miralles (p. 106, n. 180; p. 160).

Minerva ALGANZA ROLDÁN
Universidad de Granada

Gonzalo BRAVO CASTAÑEDA y Raúl GONZÁLEZ SALINERO (Editores), *La aportación romana a la formación de Europa: naciones, lenguas y culturas*. Madrid, Signifer Libros, 2005, 214 páginas. ISBN 84-933267-6-3.

La *Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*, formada por profesores españoles y especialistas en el mundo romano, organiza todos los años en la Universidad Complutense un Coloquio sobre un aspecto monográfico, con contribuciones que después se publican en un volumen. El primero de ellos, en el año 2003, estuvo dedicado a “Extranjeras en el mundo romano”, y fue publicado al año siguiente. En este caso, el volumen que comentamos recoge las aportaciones presentadas en el año 2004 al II Coloquio de la *AIER*.

Como señalan los editores, Bravo Castañeda y González Salinero en la “Introducción”, en el volumen se recogen diversos factores básicos que, desde la aportación de Roma, han contribuido de forma más o menos sólida a la formación cultural de Europa. Unas raíces romanas en la construcción de Europa que, sin duda, en los momentos actuales cobran un mayor valor, en el debate del mestizaje cultural en el marco mediterráneo. En este volumen se recogen las siguientes aportaciones:

“El legado de los escritores hispanos del Bajo Imperio: Orosio y Prudencio” (pp. 13-24), por José María Blázquez, donde se analiza sobre todo la herencia de estos escritores en las copias de sus manuscritos, y más adelante en las traducciones de sus obras, también con un enlace con el influjo litúrgico y religioso de Prudencio.

“Factores romanos en los primeros intentos de unificación de Europa” (pp. 25-41), por María Diana García de Quevedo, donde se analizan aspectos del influjo político del Imperio Romano en relación con otras realidades posteriores: imperio bizantino, imperio carolingio, Prusia, Austria y el Sacro Imperio y Francia.

“Un fundamento en la economía de los Estados Modernos: el sistema tributario romano altoimperial” (pp. 43-54), por Pilar Fernández Uriel, quien analiza las principales características del fisco romano, para señalar la posible pervivencia de algunos de los rasgos de los modelos impositivos romanos.

“Del Mediterráneo al Danubio: configuración histórica del espacio europeo” (pp. 55-70), por Gonzalo Bravo Castañeda, donde se discute en profundidad el concepto de frontera en relación la ocupación romana de Europa, así como la visión referida a una lucha permanente entre romanos y bárbaros, planteando abiertamente la discusión sobre la noción de “invasión” (en cierto favor de la de “migración”).

“El Norte de África y su importancia en la formación de Europa durante el Imperio Romano” (pp. 71-85), por Mauricio Pastor Muñoz, aportación en la que, con el análisis de una amplísima bibliografía, se destacan diversos aspectos de influjo del África romana en Europa, y muy especialmente en las provincias hispanas, en especial

las relaciones económicas (sobre todo entre Bética y Mauretania Tingitana) y el propio cristianismo.

“Lengua latina y pervivencia de las lenguas indígenas en el Occidente romano. Algunos problemas al respecto” (pp. 87-104), por Enrique Gozalbes Cravioto, con un análisis del mantenimiento de las lenguas vernáculas en distintos territorios europeos y norteafricanos del Occidente, y la paulatina y desigual imposición del latín, analizando con mayores precisiones las diferencias territoriales en Hispania.

“La divisoria de los términos de las ciudades del centro de la Península en época romana y su posterior perduración” (pp. 105-140), por Jesús Rodríguez Morales, en donde se replantea la geografía y toponimia antigua de la región central española, a partir de una tan dilatada como diversa documentación y bibliografía.

“El triunfo de la romanidad: una nueva perspectiva sobre los visigodos y su trayectoria histórica entre los años 376 y 507” (pp. 141-150), por Francisco J. Guzmán Armario, trabajo que participa de la moderna revisión del concepto de “germánico”, concluyendo que los visigodos fueron un contingente, no cree seguro que pueblo, zarandeado de un lado hacia otro, hasta que en Hispania el híbrido hispanogodo aspiró, en vano, a perpetuarse en un Estado.

“Tradición e innovación en la hagiografía latina” (pp. 151-158), por Wolfram Drews, trabajo en el que se destaca que el modelo hagiográfico del santo obispo, patrono de una comunidad cristiana tanto en vida como después de su muerte, surgido en el Oriente, constituyeron un ideal que formaría parte de la herencia romana.

“Los inicios de la legislación canónica sobre el problema judío (siglos IV-V): una herencia jurídica para la Europa medieval” (pp. 159-175), por Raúl González Salinero, aportación en la que el autor, buen conocedor de la cuestión, destaca como las disposiciones conciliares cristianas de los siglos IV y V influyeron de forma decisiva en el desarrollo del Derecho canónico, e incluso (en parte) en el justiniano.

“Pervivencia de las instituciones militares romanas en una enciclopedia orgánica del siglo VI: el *De Magistratibus* de Ioannes Lydus (pp. 177-205), por Sabino Perea Yébenes, trabajo en el que se recogen y comentan los principales datos de este tratado militar de un autor muy tardío, que se ubica a medio camino entre la erudición y la simpleza expositiva, pero que sirve especialmente para el estudio del ejército bizantino de época de Justiniano.

“Raíces tardorromanas de la Universidad europea: la Universidad Imperial de Constantinopla” (pp. 207-214), por Juan Luis Posadas, aportación en la que el autor considera que esta institución formadora de los siglos V-VI significó un eslabón importante de supervivencia de los textos griegos y latinos, y de los saberes del *Trivium* y *Quadrivium*.

La exposición del conjunto de aportaciones presentadas al Coloquio, y

publicadas en este volumen, muestra, a las claras la actualidad y hasta trascendencia cultural de los temas tratados en el volumen. Porque como se señala en la obra, la discusión de la Constitución de la nueva Europa de los veinticinco (de momento) pone ante nuestros ojos un problema histórico y complejo, ante el que se plantea una realidad: la aportación cultural romana fue decisiva en las raíces de este tan largo como debatido proceso.

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha

Liborio HERNÁNDEZ GUERRA (Editor), *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua. "La Hispania de los Antoninos (98-180)"*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2005, 627 pp. ISBN 84-8448-336-0.

La Historia de la Hispania romana ha cobrado un fuerte desarrollo con el despliegue de la escuela española de Historia Antigua a partir de los años setenta. En el terreno de las publicaciones tiene sus manifestaciones principales en revistas, especialmente en *Hispania Antiqua* y en *Gerión*, junto a otras diversas, y también en diversas reuniones científicas, de carácter específico acerca de fuentes documentales (congresos arqueológicos, epigráficos, numismáticos), o sobre ámbitos territoriales precisos (por ejemplo, los Congresos de Historia de Andalucía). Los Congresos Peninsulares de Historia Antigua se paralizaron, con su tercera edición celebrada en 1994 en Vitoria, por lo que estaba bastante clara la existencia de un vacío de encuentros con pretensión de generales.

En parte, este vacío ha venido a ser rellenado por *Congresos Internacionales de Historia Antigua*, de la Universidad de Valladolid, cuya seña de identidad más específica viene marcada por el tratamiento monográfico de alguna temática acotada, en este caso expresamente dedicada a la Hispania antigua. Así pues, estos Congresos, de cuya celebración se encarga el profesor Liborio Hernández Guerra, tienen como contenido fundamental el estudio de la Hispania Antigua.

El primero de ellos, celebrado en noviembre de 2000, tuvo como temática "La Península Ibérica hace 2000 años", con Actas publicadas algún tiempo más adelante, siguiendo una estela muy socorrida de una cifra redonda, que además tiene su tradición en la famosa traducción de Estrabón realizada por Antonio García y Bellido, con el título de *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Estrabón* (Madrid, 1945). En el año 2002 la *Revista de la CECEL* (Confederación de Centros de

Estudios Locales) ha dedicado su número 2, de una forma monográfica, al título *Hispania y los hispanos hace 2.000 años*.

Este volumen recoge las distintas aportaciones presentadas en noviembre de 2004 al II Congreso Internacional de Historia Antigua, celebrado en la Universidad de Valladolid, con aportaciones de historiadores de la antigüedad de muy diversos lugares.

Si el periodo del Principado de Augusto es emblemático para Hispania, no menos puede decirse de la época de los Antoninos. La *etapa áurea* de la Historia de Roma, como ya la definió Edward Gibbon en el siglo XVIII, para las provincias hispanas se une el hecho simbólico de que dos de sus emperadores, Trajano y Adriano, fueron naturales de *Italica*; los emperadores “españoles”, como tales, han despertado la fascinación de historiadores, desde los *Laudes* clásicos, hasta la historiografía nacionalista contemporánea. Historiadores como Sánchez-Albornoz han visto en estos príncipes, especialmente en Trajano, los ecos de un supuesto “carácter” español. Y como Alberto Prieto y Jordi Cortadella destacan en su aportación en este volumen (pp. 537-542) la figura del *Optimus Princeps* desde el siglo XVI, hasta la época franquista y en nuestros días, ha despertado pasiones en nuestro país.

En cualquier caso, nadie puede poner en duda que la etapa de los Antoninos, es decir el siglo II, supuso un momento de auge en las *Hispaniae* romanas. Sin duda quedan muchos aspectos que precisar en la evolución, si realmente en el tercer cuarto del siglo sectores de la economía, y regiones enteras, “tocaron techo” e iniciaron un rebote a la baja, o si realmente la progresión continuó hasta avanzado el siglo III. La discusión puede quedar abierta, y de momento resulta difícil ofrecer una respuesta definitiva. En cualquier caso, el volumen que comentamos recoge un amplísimo número de aportaciones que reflejan la prosperidad de la etapa de los Antoninos en relación con Hispania, por mucho que (como resulta inevitable) no toda la documentación se circunscriba puramente a los límites temporales que se se acotan.

En un breve prólogo el editor manifiesta que el centrarse en esta época conduce a situar el límite final en el año 180, un momento en el cual a su juicio comienzan a mostrarse “signos” de debilidad, quizás ya preludio de la crisis del siglo III. Y sobre todo, la consideración de esta etapa como básica en el desarrollo de la Historia de la Hispania romana, marcada por la estancia del emperador Adriano en Hispania (122-125), que supuso “la configuración definitiva de la ciudad hispanorromana como el motor de desarrollo urbanístico, social, económico, político-administrativo y cultural”.

En este sentido, es recomendable la lectura del espléndido análisis (con componentes teóricos) de Genaro Chic García acerca de la etapa de Marco Aurelio y Cómodo, y su relación con el hundimiento de un sistema económico (pp. 567-586). Según Chic lo que sucedió a partir de la época de Marco Aurelio es que fallaron las estructuras: “el Estado no podía seguir manteniendo las infraestructuras necesarias para

el mantenimiento de los trabajos mineros no superficiales (como vemos en el reglamento de Vipasca) y no había previsto ningún sistema alternativo ni era posible crearlo sin desmontar la estructura imperial existente”. Trabajo lleno de sugerencias, a partir del mismo

Resulta obvio que en una reseña de estas características resulte imposible el comentar cada uno de los trabajos, por otra parte muy diversos, existiendo estudios (como el anterior) de largo alcance histórico, junto con otros más de detalle (y no por ello exentos de valor). El editor divide el conjunto de las aportaciones en cuatro apartados. El número de las mismas, un total de 43, da una idea bastante explícita acerca de la importancia que este volumen presenta para la Historia Antigua hispana.

Ahora bien, las aportaciones no dejan de reflejar una realidad que no por bien conocida es intrascendente: el hecho de que para el siglo II el volumen de las fuentes literarias acerca de Hispania no sea expresamente muy elevado. Destacamos en las ausencias trabajos sobre los datos toponímicos de Claudio Ptolomeo, con sus falsas confidencias repetidas desde el siglo XVI *ad nauseam*. Quizás el estudio más significativo desde el punto de vista de las fuentes literarias es el dedicado por Beatriz Antón a las citas de Tácito sobre Hispania (pp. 21-32). Unos textos cuyo valor documental la autora pone en severa solfa, debido a los prejuicios del historiador latino, al considerar que la hostilidad del mismo a personajes hispanos era prolongación natural de su actitud ante el territorio.

De hecho, aparte de Tácito, destacan para el siglo II los *S.H.A.* que, sin embargo, han sido objeto de escaso análisis en las aportaciones de este volumen. Por ejemplo, un episodio documentado en los *S.H.A.*, y tan curioso como las incursiones de *mauri* contra la Bética, o algún *tumultus* en la Lusitania, no son analizadas en las aportaciones. Destacamos en el mismo la discusión sobre la relación de Adriano, Italica y las *Sortes Vergilianae* en un texto de la *Vita Hadriani* (C. M^a Cerda y S. Perea Yébenes), y el estudio sobre los amigos y clientes hispanos de Plinio el Joven (A. Gonzales).

Un dato que reseñamos con notable valor historiográfico es que las aportaciones documentales principales para el siglo II, aparte de la arqueología, se centran en la epigrafía, puesto que de esta etapa son un número considerable de inscripciones latinas de Hispania. Este hecho tiene su inmediato reflejo en las aportaciones publicadas en el volumen, en el que el apartado “Epigrafía y Sociedad” es el más numeroso, si bien también este tipo de documentación ocupa una posición privilegiada en los restantes apartados del volumen: “Organización y administración del territorio”, “Religión, cultura y arte” y “Economía”.

Respecto a la epigrafía debemos indicar que dicha documentación aparece de forma transversal en buena parte de los estudios, entre los que destacamos los aspectos religiosos, tales como en una nueva y precisa actualización acerca de las religiones

mistéricas en Hispania (J. Alvar), el aspecto referido a los cultos de los hispanos militares presentes en la provincia de Dacia (J. R. Carbó), un análisis acerca de la ciudad y de los cultos en la Lusitania del siglo II (M. Salinas y J. Rodríguez).

Junto a la ciudad los aspectos municipales, por ejemplo se estudian diversos aspectos del gobierno municipal en la Bética (A. C. Merchán), se efectúa un estudio concreto sobre la municipalización y la sociedad en el caso de *Iliberis*, por otra parte ya analizado por el mismo autor en otras ocasiones (M. Pastor), se estudia la problemática epigráfica del *Municipium Consaburensis* (J. J. Muñoz), se estudia el caso de Castro del Río (M. Carrilero y M^a J. López), se analiza el caso concreto de la ciudad de Ávila en esta época (L. Hernández y A. Jiménez), así como se estudian los testimonios del siglo II acerca de las municipalizaciones flavias de la Bética (E. M^a Morales).

Otros estudios se centran en grupos onomásticos clientelares, como el caso de la gens de los *Pompeii* en la Celtiberia (L. Amela), o la gens de los *Ulpii* (H. Gallego). Se recoge un documento acerca de un legado de Adriano en la Bética (S. Perea), y se estudia en detalle un caso referido a las mujeres de la Bética (M^a D. Mirón). Naturalmente, en un grupo de aportaciones de estas características no podían estar al margen los militares hispanos de la época; así los militares hispanos del siglo II presentes en Roma, se recogen a partir de la documentación epigráfica (C. Ricci), se efectúa un estudio a partir de los diplomas militares de las tropas hispanas destinadas en el siglo II en el *limes* de la Mauretania Tingitana (E. Gozalbes).

Finalmente, destacamos también dos trabajos específicos que ofrecen datos sobre la economía hispana, por un lado una revisión del bronce de *Vipasca*, en relación con la fiscalidad de la época (J. J. Ferrer); por otra parte, en un trabajo de notable importancia, también se estudia el riego en Hispania, a partir del un curioso y poco conocido fragmento de la *Lex rivi Hiberiensis* (F. Beltrán Lloris).

Con el auxilio de otras fuentes de documentación, especialmente las arqueológicas, se recogen otros diversos estudios: las *villae* béticas a partir de su evolución en la época (A. Fornell Muñoz); la circulación monetaria del siglo II en *Gallaecia* (M. Cavada y M. Villanueva); los diversos centros urbanos de Asturias (N. Santos Yanguas)

Las Actas del *II Congreso Internacional de Historia Antigua*, y del que hemos mencionado algunas aportaciones, están llamadas a convertirse en un referente imprescindible para el estudio de las provincias hispanas en época alto-imperial. Los vacíos y ausencias, por otra parte absolutamente normales, no desmerecen para nada un conjunto de aportaciones bien planteadas y fundamentadas. Confiamos en que estos Congresos, con la publicación de sus correspondientes Actas, tengan continuidad, como

punto de encuentro de historiadores de la antigüedad, así como marco de publicación de trabajos específicos acerca de etapas diversas de la Hispania romana.

ENRIQUE GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha

Renata SENNA GARRAFFONI, *Gladiadores na Roma Antiga. Dos combates à paixoes cotidianas*, Sao Paulo, Annablume Editora, 2005, 225 pp. Prólogo de Gabrieli Cornelli. ISBN 85-7419-530-8.

Como destaca en el prólogo el profesor Gabriele Cornelli, este libro analiza los fenómenos de la violencia y de los espectáculos y sirve para reflexionar acerca de nuestras herencias romanas. Y es que la obra que hoy comentamos constituye una magnífica síntesis en relación con el fenómeno social representado por los gladiadores en la Roma antigua. Para ello la autora parte de un buen y bastante completo análisis teórico, en una revisión de la principal y más difundida bibliografía internacional.

Lo más destacable en el trabajo lo encontramos, sin duda, en la muy directa contestación a ciertos tópicos acuñados en la historiografía del siglo XIX, especialmente en el extenso capítulo que le dedicó Friedländer, o las aportaciones de J. P. Meier (*De gladiatura romana Dissertatio*, Bonn, 1981), y de Mommsen. Para ello la autora recurre de forma muy acertada a los replanteamientos de la más moderna historiografía sobre estas cuestiones, en especial a la emblemática obra del Paul Veyne (*Le pain et le cirque*), de G. Ville (*La gladiature en Occident des origines à la mort de Domitien*), de K. W. Weeber (*Panem et circenses*), o D. Mancioli (*Giochi e Spectacoli. Museo della civiltà romana*), entre otros. De esta forma, los tópicos de la sociología de carácter funcionalista, el espectáculo como mera reproducción de la violencia, se superan con una interpretación mucho más compleja de este fenómeno en relación con la sociedad romana.

Renata Senna Garraffoni es profesora de Historia Antigua en la Universidad de Paraná, en Brasil, y hace pocos años amplió conocimientos en varias estancias en España, donde participó en las excavaciones de *Segobriga* y asistió al CEIPAC de Barcelona, en Roma y en Gran Bretaña. Desde hace algún tiempo ha venido realizando investigaciones sobre el problema de la marginalidad en el mundo romano, con especial atención a la cuestión del bandolerismo y de los gladiadores. Aparte de trabajos en diversas revistas brasileñas, con anterioridad al actual destacamos su libro sobre *Bandidos e salteadores na Roma antiga* (Sao Paulo, 2002).

En este caso, como la propia autora expresa, esta obra viene marcada por unos

sentimientos que impulsaron a su elaboración, los de intentar oír las voces de aquellos que luchaban en las arenas. En cualquier caso, a nuestro juicio se trata de la continuidad natural de la anterior, puesto que en aquella la autora destacaba los lazos que unían el bandolerismo (o la delincuencia) con el fenómeno gladiatorio.

El libro de Senna Garraffoni no supone un mero discurso expositivo, o incluso de análisis secuenciado de unas actividades (que, por otra parte, despiertan fascinación como muestran la literatura y el cine), sino que penetra de principio a fin en el terreno histórico más crítico, el de carácter valorativo y analítico, más allá de la superficialidad. De ahí la extraordinaria importancia que la autora concede a la discusión referida a las posiciones e interpretaciones de los distintos sectores de la historiografía. El fenómeno de los juegos y espectáculos circenses en Roma queda así replanteado, incluso en parte reivindicado, con la superación de algunos anacronismos.

En el primer capítulo (pp. 29-58) la autora trata sobre lo que considera singularidad de un imperio, la gloria y la sangre en los anfiteatros. Un capítulo en el que la autora trata de la violencia y de su imagen historiográfica, discutiendo los tópicos dados por sabidos. Para ello, y a partir de otros investigadores anteriores (G. Ville y M. Wisstrand), se analiza la visión excesivamente crítica que Séneca expresa acerca de los fenómenos de violencia, y en especial de los espectáculos circenses.

A partir de este punto, la autora se introduce en el capítulo II (pp. 59-101), una discusión de la bibliografía principal que le ofrecerá un basamento teórico para el análisis. En concreto, Senna Garraffoni atribuye a los estudios del siglo XIX la acuñación de una imagen, lo cual debe indicarse que no sólo es cierto para este caso sino para otros muchos de la Historia de Roma. En cualquier caso, este camino que recorre la autora viene ciertamente inspirado por la obra de Roland Auguet publicada inicialmente en 1970 (*Cruauté et civilisation: les jeux romains*), y también por la de la ya mencionada de Paul Veyne, para quien detrás de la asistencia popular a los espectáculos existía un fenómeno de reivindicación social, mucho más que de mera ociosidad.

Después del análisis anterior, la autora se extiende en el capítulo III (pp. 103-149) en los anfiteatros y la dinámica social. Se analiza, de forma muy breve, la estructura y las instalaciones de los anfiteatros, y se intenta traslucir la dinámica social de su interior. La discusión acerca de la interpretación más tradicional, la de un lugar para manifestar el dominio de Roma sobre los bárbaros, se realiza a partir del magnífico artículo de Jonathan Edmondson acerca de "Dynamic Arenas" (1996), que llamó la atención sobre los tópicos y las insuficiencias interpretativas, al señalar la existencia de una multiplicidad de motivaciones para los espectáculos (en honor de diversos hechos o personas), y también la ubicación del edificio en el marco de la ciudad romana.

A partir del libro de J. C. Golvin, *L'amphitéâtre romain, essai sur la théorisation de sa forme et ses fonctions* (1988), la autora establece una conocida tipología, aunque después las ilustraciones se resumen al Coliseo romano, obvio por su centralidad en el Imperio, y al edificio hispano de *Segobriga*, si bien de las dos fotos (escaneadas) que se publican hay una de pésima calidad. Más interesante que todo lo anterior nos parece el apartado dedicado a la jerarquía y conflictos en el interior de los anfiteatros romanos, para lo que la autora recurre a una cantidad más completa de fuentes, entre ellas la epigrafía y la literatura.

El capítulo cuarto (pp. 151-195) es, sin duda, una de las principales aportaciones de la obra, más allá de la discusión historiográfica presente de forma transversal en todos los anteriores. Su título, "De las arenas a las ciudades: repensando lo cotidiano de los gladiadores", enmarca un contenido en el cual Renata Senna Garraffoni, sin duda por sus estudios anteriores, se muestra a nuestro juicio mucho más segura. Se trata, entre otras cuestiones destacables, de la percepción de las armas, de sus elementos defensivos, de su vestimenta, pero también de los elementos de la vida social fuera del espectáculo, sus relaciones familiares o de amistad, aspecto para el que se utilizan como documentación básica las inscripciones parietales de Pompeya.

En los apéndices se recogen tres pinturas sobre el circo romano obras de Jean-Léon Gérôme, que ciertamente pierden casi todo su valor al reproducirse en blanco y negro (y fotos de mala calidad), los grafitos analizados en el libro, y también fotos o dibujos de tres lápidas de Roma, y de otras tres de Hispania (tomadas del catálogo de García y Bellido). La bibliografía, como queda dicho bastante completa, se divide en las fuentes escritas utilizadas, los repertorios epigráficos utilizados, así como la bibliografía subdividida en obras generales, obras del siglo XIX especialmente discutidas, y libros y artículos del siglo XX.

Dada su formación, como es natural, no podía menos que tener en cuenta también la bibliografía española, y destacar sobremano la documentación hispana sobre el fenómeno gladiatorio. Aun y así no podemos menos que detectar algunas ausencias muy relevantes, pues si tiene en cuenta trabajos "clásicos" de García y Bellido o Piernavieja, sin embargo desconoce buena parte de lo publicado acerca de las representaciones en mosaicos (en especial los trabajos de López Monteagudo), y sobre todo (y ello es más relevante) los magníficos trabajos sobre el fenómeno del circo en la Hispania romana, publicados por el equipo del Museo Nacional de Arte Romano de Mérida.

Así, entre las ausencias, podemos recordar volúmenes como los de J. M. Álvarez Martínez (ed.), *Coloquio Internacional El Anfiteatro en la Hispania romana* (Badajoz, 1993), de T. Nogales Basarrate y F. J. Sánchez Palencia (eds.), *El circo en Hispania Romana* (Madrid, 2002) o de T. Nogales (ed.), *Lvdi Romani. Espectáculos en Hispania*

romana (Mérida, 2002). También detectamos la ausencia de consulta de la obra de E. Melchor Gil, *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas a la vida municipal* (Córdoba, 1994), que le hubiera ofrecido algunos datos más completos que en el artículo citado de este mismo autor. Mucha más justificación tiene, por su publicación reciente, la ausencia de mención de un trabajo más general sobre “El gladiador romano” publicado por M. Pastor Muñoz.

Más allá de estas sensibles ausencias del caso hispano, la obra de Senna está muy bien construida, utiliza no solo una bibliografía sino también una documentación que, estando muy lejana de la exhaustividad, por el contrario sí es muy significativa. En especial porque la autora presta una especial atención a la propia figura de los gladiadores, algo menos desarrollada por la historiografía. También en su conjunto, utilizando de forma bastante amplia el reflejo de los espectáculos en la literatura, la obra de Senna Garraffoni permite profundizar en el terreno social y sociológico, desde la actividad aplicada por las capas pobres y marginales, hasta la actitud y el pensamiento de una sociedad, en su juego y escala de valores, en sus sentimientos y en sus aficiones.

La desigualdad que hemos detectado entre varias de sus partes no restan valor al producto final, cuya lectura recomendamos a todos aquellos que quieran tanto introducirse como profundizar en este elemento de la sociedad romana, revisando con bastante amplitud la imagen de sadismo y crueldad que la misma refleja a partir de estos espectáculos.

Enrique GOZALBES CRAVIOTO
Universidad de Castilla-La Mancha

M^a Juana LÓPEZ MEDINA, *Ciudad y territorio en el sureste peninsular en época romana*. Madrid : Ediciones Clásicas, 2004. 439 p. : il. ; 24 cm. ISBN: 84-7882-524-X.

Presentamos la obra de M^a Juana López profesora del departamento de Historia Antigua de la Universidad de Almería, en una edición cuidada, en la que se recogen los resultados de las investigaciones de su tesis doctoral durante los años 1993-1998. La autora hace un recorrido por seis ciudades romanas del sureste hispano: *Abdera* (Cerro de Montecristo, Adra), *Murgi* (Ciavieja, El Egido), *Urci* (El Chucho, Benahadux), *Alba* (Abla), *Tagili* (Estación Tijola/Cela, Tijola) y *Baria* (Villaricos/Cerro Montroy, Cuevas de Almanzora) desde la época republicana hasta el siglo III.

El trabajo se estructura en cinco capítulos, subdivididos a su vez en varios apartados. El plan de la obra es el siguiente: un primer cuerpo introductorio centrado en el medio físico de sureste, delimitación, estudio geográfico, clima y vegetación; un

segundo capítulo dedicado al desarrollo histórico del sureste (estudio de las comunidades prerromanas y romanas, y un tercero sobre el poblamiento romano. En este tercer capítulo, el poblamiento romano del sureste peninsular, se centra en el estudio de la *civitas* y su territorio. Entre los diversos núcleos de población romanos constatables en el ámbito meridional del actual territorio de Almería, destacan en primer término *Abdera* y *Baria* por su carácter de *municipium*. También de *Murgi* y *Tagili* se poseen testimonios epigráficos donde se hace mención explícita a su condición de *res publica*. Por su parte núcleos que es probable llegasen a alcanzar *status* privilegiado serían *Urci* y *Alba*. Junto a estos núcleos, en esta zona se localizan además de villas, pequeños asentamientos rurales, canteras, factorías, poblados, necrópolis, etc., integrantes todos ellos de la estructura del poblamiento romano de esta área de la Hispania meridional.

A continuación en el capítulo cuarto, los recursos económicos en el sureste peninsular durante la época romana, tendríamos ocho grandes apartados centrados, uno en la agricultura (con análisis pormenorizado de los poblados y su desarrollo en el territorio, la cultura material, las estructuras arquitectónicas); otro en la ganadería romana (con la misma estructura que el anterior), pesca, sal, minería, canteras, aïfares, comercio.

En el quinto se centra en el análisis de la sociedad y formas productivas en el sureste peninsular durante la presencia romana. Estudia la organización social romana (élite, plebe, esclavos y libertos).

Finaliza su trabajo con unas conclusiones muy interesantes, una bibliografía abundante y pormenorizada. También comprende apéndices, índice geográfico, de materias y onomástico, además de 35 figuras.

Con esta monografía M.J. López se aproxima a la morfología del *territorium* de las antiguas *civitas* del sureste peninsular durante el período romano, a través de un análisis exhaustivo de las fuentes documentales (literarias, epigráficas, numismáticas y arqueológicas). De su trabajo se deriva que durante este momento acontecieron en el sureste cambios importantes a todos los niveles, que permiten al lector observar que estamos ante un periodo histórico trascendental.

Eva M^a MORALES RODRÍGUEZ
Universidad de Granada

Aníbal A. BIGLIERI, *Medea en la literatura española medieval*, La Plata, Fundación Decus, 2005. 383 pp. ISBN 987-95200-5-X.

"Pocos mitos de la Antigüedad griega han atraído tanto la atención de dramaturgos, narradores, poetas, pintores, escultores, músicos, filósofos y cineastas como el de Medea y muy pocos personajes como ella han suscitado también vehementes controversias y provocado enconados ataques como no menos apasionadas defensas": tales son las certeras palabras que inician este interesantísimo libro sobre Medea que pone a nuestra disposición el estudioso argentino Aníbal A. Biglieri, que nació y se licenció en Letras en La Plata y, después de estudiar, investigar y ejercer la docencia en importantes centros de España y de América, es Profesor de lengua y literatura española desde 1987 en la Universidad de Kentucky (EE. UU.). Una de las más notables consecuencias de ese enorme interés por el mito de Medea, desde la Antigüedad hasta nuestros días, resulta ser, como señala poco después el propio Biglieri, la gran atención de que ha sido objeto por parte de la investigación, y de forma muy señalada en los últimos años: "Limitándose solamente a los volúmenes colectivos aparecidos en los últimos diez años, se puede notar lo considerable de su número y lo amplio de su procedencia: dos en Italia (1997, 2000) y uno en Portugal (1991), en Francia (1996, además del publicado en 1986), en Estados Unidos (1997), en Alemania (1998) y en España (2002), dan cuenta de este interés siempre renovado y nunca extinguido por Medea, Jasón y los argonautas" (p. 9). A pesar de ello, partiendo del volumen colectivo más reciente y completo de todos, que es *Medeas. Versiones de un mito desde Grecia hasta hoy*, editado por A. López y A. Pociña en la Universidad de Granada, 2002, señala Biglieri que nadie se ha ocupado del tratamiento del mito de Medea en la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio.

Con el fin de rellenar ese hueco, se nos presenta este estudio, riguroso y pormenorizado, de Medea, Jasón y los argonautas en la importantísima obra de Alfonso X, a partir del planteamiento de que "si bien el objeto de este libro ... se centra en el análisis de la versión alfonsí del mito, sin pretender constituirse en un estudio comparativo con sus antecedentes clásicos griegos y romanos, muchas veces se volverá inevitable señalar las semejanzas y diferencias entre Alfonso X y sus predecesores, sobre todo con Eurípides y Ovidio, éste por ser fuente directa del rey sabio, aquel por haberle dado a la historia de Medea el sesgo inconfundible con que se impondrá a la posteridad" (p. 20). Y, con respecto al momento y al ámbito cultural en que se produce esta nueva visión de Medea en la *General Estoria*, Biglieri (cuya especialidad fundamental consiste precisamente en el estudio de la literatura española medieval), advierte que no va a realizar "un análisis comparado con otros textos medievales", pero recurre con frecuencia la comparación del texto alfonsí con otras versiones paralelas más o menos contemporáneas, en concreto las *Sumas de historia troyana* de Leomarte, la *Versión del Roman de Troie* de Alfonso XI y la *Coronica Troiana* (p. 21). En éstas, y algunas otras obras medievales, sobre todo de procedencia ibérica, francesa e italiana

(utilizo adjetivación geográfica actual), el tema de los argonautas presenta muy curiosas e interesantes reelaboraciones, para cuya exégesis y conocimiento sería muy deseable disponer algún día de estudios tan bien planteados y tan profundos como este que pone en nuestras manos Biglieri para el caso concreto de la *General Estoria*.

Excedería los términos de una reseña analizar todas y cada una de las partes de este estudio. Siguiendo, incluso textualmente, el plan del libro que presenta su autor (p. 13 ss.), diré que consta de ocho largos capítulos: el primero "está dedicado a los problemas más básicos del relato alfonsí", en los que se toma como referente clásico esencial la *Medea* de Eurípides y *Metamorfosis* y *Heroidas* de Ovidio. El capítulo segundo examina el monólogo de Medea y su encuentro con Jasón, centrando toda la atención en los planteamientos de la protagonista, sus consideraciones, sus dudas, sus actuaciones. Los capítulos tercero y cuarto, siempre en el resumen del propio Biglieri, "describen el obrar de Medea en base a los rasgos quizás más definitorios de su personalidad", y ello desde una perspectiva en que se pone de relieve un conocimiento muy amplio y preciso por parte del estudioso de las aportaciones de la investigación precedente sobre el tema. Trata el capítulo quinto la figura de Jasón, secundaria, sin duda, pero en absoluto carente de interés. Después de completar el análisis de la narración alfonsí en el capítulo sexto del libro, los dos últimos capítulos "estudian las interpretaciones alegóricas que la *GE* ofrece de los 'mudamientos' incluidos por Ovidio en su versión del mito de Medea en las *Metamorfosis*" (capítulo séptimo) y, en fin, la conversión del mito griego en un *exemplum* medieval (capítulo octavo), lo que pone ante nuestros ojos la clave esencial para una interpretación correcta de esta nueva lectura del antiguo mito.

Todo este desarrollo, que llena más de trescientas páginas, muy nutridas de consideraciones importantes, de notas de lectura indispensable, de citas literales, sobre todo de fragmentos de la *General Estoria* que van ilustrando y guiando cómodamente al lector, etc., convierten el libro *Medea en la literatura española medieval* en lectura indispensable tanto para los estudios de la Mitología grecolatina, como para los de Literatura griega y Literatura romana y su pervivencia. La nutrida Bibliografía (pp. 343-370) que ha manejado el autor ofrece una buena guía no sólo a quienes deseen acercarse a otras visiones de Medea en las literaturas medievales (pues, sinceramente, el tema de Medea en la *General Estoria* de Alfonso X queda ya tratado de forma conveniente aquí), sino también para quienes lo estudien desde cualquier otra perspectiva, momento histórico o autor concreto.

Diré, por último, desde mi experiencia como coeditor, junto con la Profesora Aurora López, de uno de los últimos volúmenes colectivos sobre Medea, desde luego el más voluminoso de todos (y avalado sin lugar a dudas por la participación en él de cincuenta y dos estudiosos y estudiosas de Europa y de América), que a estas alturas la

investigación sobre Medea ya poco puede hacer si sigue engolfándose en la consideración aislada de las Medeas clásicas, la de Eurípides y la de Séneca sobre todo, volviendo una y mil veces sobre aspectos puntuales, mil veces tratados ya, repetidos hasta el aburrimiento. Quedan, en cambio, múltiples Medeas todavía no estudiadas, que, por supuesto, es preciso analizar teniendo como punto de partida los hipotextos grecolatinos. En este sentido, el libro del profesor Aníbal A. Biglieri, que, además de todo lo que he dicho, está muy bien escrito y muy bien editado, resulta un modelo a imitar. En consecuencia, felicito con cordialidad al autor, que no conozco personalmente, y recomiendo vivamente la lectura de esta obra.

Andrés POCIÑA
Universidad de Granada

Alfredo CASAMENTO, *Finitimus oratori poeta. Declamazioni retoriche e tragedie senecane*, Palermo, Flaccovio Editore, 2002. 140 pp. ISBN 88-7804-201-3.

Los estudios sobre Séneca han experimentado un sin duda notable incremento, a nivel universal, a partir de las fechas en que se celebraron múltiples congresos por doquier en conmemoración del bimilenario del nacimiento del insigne Cordobés: si observamos, en este mismo volumen de *Florentia Iliberritana*, la Bibliografía sobre Séneca en España a lo largo del siglo XX, de la que soy responsable yo mismo, es fácil comprobar de qué manera importante se incrementan los estudios senecanos en nuestro país a partir de 1996, fecha, quizá excesivamente temprana, en que celebramos en Córdoba el referido bimilenario (cf. M. Rodríguez-Pantoja (ed.), *Séneca, dos mil años después*, Córdoba, 1997). Cosa semejante ha ocurrido en otros lugares, y de manera muy llamativa en Italia, país que honró la memoria del gran filósofo y dramaturgo latino más que ningún otro, con múltiples congresos, de carácter en cierto modo monográfico, que han dado lugar a excelentes libros de *Actas*, una contribución espléndida al avance del conocimiento del autor y su obra. Dentro de esta proliferación de actas de congresos, monografías, artículos científicos que nos inunda en el último decenio, se percibe un claro incremento en la atención al Séneca dramaturgo, objeto de muchos y muy variados acercamientos, unos desde perspectivas tradicionales, otros desde planteamientos basados en las más actuales corrientes de la crítica literaria.

Una de tales aportaciones es el libro que tengo entre las manos, una nueva de las muchas obras sobre las *Tragedias* de Séneca gestadas y publicadas en la Universidad de Palermo o en su entorno, por estudiosos de tanto prestigio como Filippo Amoroso, Giuseppe Aricò, Antonino De Rosalia, Gianna Petrone, Giusto Picone, etc. A tan nutrido

y reconocido grupo de especialistas se une en fecha relativamente reciente, pero ya con interesantes aportaciones sobre Séneca y Lucano (*La parola e la guerra. Rappresentazioni letterarie del Bellum civile in Lucano*, Bologna, 2005), Alfredo Casamento, que nos ofrece el libro del que voy a ocuparme, de gran interés temático, excelente documentación y muy atractiva lectura, digno continuador de un tipo de investigación sobre drama romano puesto en práctica en las últimas décadas por la maestra de Casamento, la profesora Gianna Petrone.

El libro lleva como lema el comienzo de una magistral consideración de Cicerón en *De oratore* 1, 70: *est enim finitimus oratori poeta, numeris adstrictior paulo, uerborum autem licentia liberior, multis uero ornandi generibus socius ac paene par* ("En efecto, el poeta es muy afín al orador: un poco más sujeto en cuanto a los ritmos, más libre en cambio en cuanto a las posibilidades de vocabulario, ciertamente compañero y poco menos que parejo en los distintos tipos de ornato", trad. de J. J. Iso). Pero tan veraz principio es contextualizado por Casamento, dentro del desarrollo histórico de la literatura latina, en un tiempo y unos protagonistas posteriores a Cicerón, esto es, los declamadores de época imperial en representación del *orator*, Séneca y sus tragedias en representación del *poeta*: el proyecto y la finalidad de este libro serán poner en parangón los temas, contenidos, formas de expresión, de las declamaciones retóricas, para las que será fuente de información primordial Séneca el Padre, con la obra teatral de un escritor educado en el mismo ambiente en que se producen, Séneca el Filósofo (o el Dramaturgo, si se me concede llamarle de este modo).

Sobre tales bases se articula el libro, perfectamente estructurado en dos partes, cada una de ellas articulada en dos capítulos. Se titula la primera parte "Declamare e ornare: le nuove mode della Retorica" (pp. 17-68); en su Capítulo primero, Casamento nos conduce magistralmente en un recorrido por las escuelas de declamación en tiempos de Séneca el Padre, teniendo como fuente de información fundamental (pero no exclusiva) sus *Oratorum et rhetorum sententiae diuisiones colores*; nos introduce en el conocimiento de las prácticas de las escuelas, pero también en lo que sobre ellas piensan no sólo el propio Rétor cordobés, sino tres figuras fundamentales, Casio Severo, Vocieno Montano y Albucio Silo, los dos primeros muy críticos con las escuelas de declamación por estimarlas muy apartadas de la práctica forense, el segundo partidario precisamente de ellas merced a ese alejamiento. No falta un capítulo con la opinión, posterior en el tiempo, de una autoridad tan insigne como Quintiliano. Un apartado final establece la comparación entre las declamaciones y el teatro. El Capítulo segundo se dedica a un estudio muy detallado de la *sententia*, partiendo de su empleo habitual en las declamaciones, pero sin dejar de remontar más arriba en el tiempo, concediéndole un apartado interesante a las *Sententiae* de Publilio Siro.

La segunda parte, titulada "Dalla scuola al teatro: itinerario della Retorica" (pp. 71-124) trae a nuestra consideración dos capítulos, articulados de acuerdo con su temática, sobre tratamiento por parte de Séneca, en la *Tragedias*, de temas habituales en las controversias de las escuelas de Retórica. El capítulo tercero agrupa cuatro apartados bajo el denominador común de historias retóricas y trágicas de padres e hijos, mientras que el capítulo cuarto nos enfrenta al tema, muy oratorio y muy trágico, de la madrastra, la *nouerca*. No cabe en las posibilidades de una reseña entrar en el detalle de estos contenidos; sin embargo, no me resisto a poner un buen ejemplo sobre cómo el estudio de estos aspectos en las *Tragedias* se explica, se comprende y se clarifica en su relación e interdependencia con las controversias: así, en el apartado "Una *abdicatio* trágica: Sen. *Med.* 507" (pp. 92-99), el estallido de Medea contra sus hijos, ante Jasón, *ab dico, eiuro, abnuo* ("reniego de ellos, renuncio a ellos, no los reconozco", trad. J. Luque), no puede interpretarse sencillamente como "a purely emotional reaction", como hacía C. D. N. Costa en su edición comentada de *Medea* (por lo demás excelente), sino teniendo presente el sentido de la *abdicatio* en el ámbito de la jurisprudencia romana, muy presente en las declamaciones; así lo explica Casamento: "In effetti, le osservazioni condotte sulla presenza dell' *abdicatio* nei *themata* proposti dalle scuole di retorica inducono a domandarsi se una qualche influenza proveniente del mondo delle declamazioni non vada per caso presupposta a spiegazione di questa situazione. Medea *abdicat* esattamente come *abdicant* molti padri nelle controversie raccolte da Seneca Padre. L'eroina trágica, protagonista di una lunga tradizione letteraria che, da Euripide fino ad Apollonio Rodio, l'aveva identificata come la 'non greca', è dunque pervenuta a un punto tale di 'romanizzazione' da esprimersi come potrebbe fare solo un esperto di questioni giuridiche romane: ella non soltanto *abnuo* i suoi figli ma, addirittura, *abdicat*. Il suo è un rifiuto operato non solo, per così dire, 'col cuore', sull'onda dell'istinto o dell'emozione ma anche (e, diremmo, soprattutto constatato il predominio di verbi appartenenti al lessico tecnico) in forza della prassi giuridica..." (p 97).

Completan el conjunto tres páginas de Conclusión (pp. 125-127), así como la correspondiente, y siempre útil, Bibliografía (pp. 129-140). El libro se edita con toda sencillez, pero muy claramente, en la colección Leuconoe; Gianna Petrone nos recuerda que dicho nombre significa "dalla mente bianca", y señala la ilustre latinista de Palermo que lo han elegido para esta colección de textos también con el fin de designar una manera de leer, "con mente bianca", y así se debe leer, "senza inutili pedanterie", esta excelente obra, que nos ayudará a comprender mucho mejor en su interrelación las *Controversias* de Séneca el Rétor y las *Tragedias* de Séneca el Filósofo (o el Drama

turgo). Mi más cordial felicitación a su autor por tan notable aportación a los estudios de literatura latina.

Andrés POCIÑA
Universidad de Granada

Antonio Ramón NAVARRETE ORCERA, *La mitología en los palacios españoles*, Jaén, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 2005. 305 pp. ISBN 84-95155-21-4.

Es cosa bien sabida que la pintura, sobre todo a partir del Renacimiento, ha tenido con enorme frecuencia los más variados temas de la mitología y la historia legendaria grecorromana como uno de sus más importantes y frecuentes temas de inspiración. Nuestros museos y nuestros palacios se hallan repletos de pinturas (sean frescos, óleos, tapices), bajorrelieves, esculturas, mosaicos, por los que desfila una multicolor procesión de personajes e historias de las más variadas sagas del mundo antiguo. Esto, repito, más o menos lo sabíamos todos; pero hacía falta una publicación, o varias, que nos los ofreciese en su conjunto, a modo de instrumento docente, o como guía para llamar la atención hacia los monumentos donde se encuentran, o, sencillamente, como obra de deleite que los presentase cómodamente reunidos. Y todas estas finalidades se logran en este libro, producto del trabajo de muchos años llevado a cabo por Antonio R. Navarrete Orcera en el hermoso libro que tengo en las manos.

La mitología en los palacios españoles recoge las pinturas, a veces también las esculturas, los relieves, las fuentes, de 29 palacios distribuidos a lo largo y a lo ancho del territorio nacional, pertenecientes a un largo período que se extiende desde el siglo XVI hasta comienzos del siglo XX. Desde una perspectiva cronológica y geográfica, Navarrete va estudiando y presentando dichos palacios, agrupándolos en *Palacios del Renacimiento* (Palacio de Francisco de Los Cobos en Úbeda, El Peinador de la Reina en Granada, Palacio de Viso del Marqués, Palacio de El Pardo en Madrid, Palacio del Infantado en Guadalajara, Casa de Pilatos en Sevilla); *Palacios de los Borbones* (La Granja de San Ildefonso, Palacio Real de Aranjuez, Palacio Real de Madrid, Palacio de Can Vivot de Palma de Mallorca); *Palacios del siglo XIX* (Palacio de Santoña en Madrid, Palacio del Marqués de Salamanca en Madrid, Palacio de Linares en Madrid, Quinta de los Selgas en Cudillero, Palacio del Marqués de Casa Riera en Madrid, Palacio del Marqués de Dos Aguas en Valencia); *Palacios de Barcelona* (Casa Fontcoberta de Vic, Casa Cortada de Vic, Palacio Moja de Barcelona, Ateneo Barcelonés de Barcelona, Laberinto de Horta de Barcelona, Villa Casals de Tarragona, Lonja de

Barcelona, Duana Nova de Barcelona, Palacio de Pedralbes de Barcelona); *Palacios-Museo de Madrid* (Museo Lázaro Galdiano, Museo Cerralbo, Museo Nacional de Artes Decorativas, Museo Naval, todos ellos de Madrid).

Cada uno de estos palacios recibe un tratamiento singular, a veces verdadera guía del mismo, para pasar a continuación a las representaciones mitológicas que ofrece. En su conjunto, como escribe el autor, "los temas presentados son numerosos y, en muchos casos, repetidos; serían suficientes para ilustrar los distintos capítulos de un manual de mitología. De cada dios o héroe encontramos los episodios más famosos, que han pasado a la historia del arte con un título propio; en algunas ocasiones se desarrollan en varias escenas, formando auténticos ciclos" (p. 13). Los temas, añadido yo por mi parte, son estudiados con un profundo conocimiento mitológico, auxiliado además, por lo que respecta a los diversos palacios y su historia, por una abundante bibliografía que ha manejado el autor y que pone a nuestra disposición (pp. 291-305). Y el conjunto está ilustrado por nada menos que quinientas imágenes, todas en color, muchas de ellas verdaderamente bonitas, con la ventaja añadida de que aparecen insertas a lo largo del texto, justo en el lugar y página en que se están explicando, lo cual facilita la lectura de este precioso libro que, por lo demás, está escrito de forma elegante y atractiva.

En resumen, *La mitología en los palacios españoles* es un hermoso libro, de incuestionable utilidad, que se lee y se contempla con mucho placer y en el que se aprende mucho sobre mitología grecorromana, sobre pintura y sobre el patrimonio artístico de España. En consecuencia, sólo me resta felicitar al autor por haber llevado a término tan fatigosa y costosa tarea como sin duda ha sido la recolección y estudio del material que pone a nuestro alcance.

Andrés POCIÑA
Universidad de Granada

Claudio ROSATO, *Euripide sulla scena latina arcaica. La "Medea" di Ennio e le "Baccanti" di Accio*, Lecce, Edizioni Pensa Multimedia, 2005. 245 pp. ISBN 88-8234-421-4.

Es cosa de siempre sabida que fueron dos los dramaturgos griegos que despertaron un especial interés y ejercieron un influjo fundamental en los tragediógrafos y comediógrafos latinos: en el mundo de la tragedia, los tres grandes de la época arcaica, Quinto Ennio, Marco Pacuvio y Lucio Acio sintieron un clara predilección por las tragedias de Eurípides, en cuyas obras se inspiraron, siguieron o emularon -según prefiera cada cual decir- con mayor frecuencia e insistencia que en las de Esquilo o Sófocles; en el mundo de la comedia, sabido es que, sobre todo a partir del triunfo de

Cecilio Estacio, fue Menandro para siempre el preferido, y no sólo por los cultivadores de *palliata*, sino también por los de *togata*. Eurípides, que debe ocuparnos al reseñar el libro de Claudio Rosato, fue un autor inmensamente apreciado por las gentes cultas de Roma, y admirado y seguido por gran número de poetas, no sólo los que se dedicaron al teatro, sino los cultivadores de géneros distintos. Pero hay un campo en el que su influencia reviste un interés especial, que es el ya señalado de su emulación por los tragediógrafos republicanos; una influencia vital en el teatro del s. II a. C., pero cuya trascendencia se prolonga sin límite en el tiempo, si pensamos cuánto debió a éstos Séneca en sus tragedias, y cuánto en Séneca y en los tragediógrafos republicanos a través de él aprendió todo el teatro europeo posterior al Renacimiento.

Sobre este influjo de Eurípides en la escena latina arcaica existía una abundante bibliografía, de la que yo destacaría los trabajos, por supuesto utilizados ahora por Claudio Rosato, de L. Dondoni ("La tragedia di Medea. Euripide e i poeti arcaici latini", *RIL*, 1958), A. Tuilier ("Euripide et Ennius. L'influence philosophique et politique de la tragédie grecque à Rome", *BAGB*, 1962), I. Mariotti ("Tragédie romaine et tragédie grecque: Accius et Euripide", *MH*, 1965), A. Pociña ("Aspectos de la recepción de Eurípides en Roma", en J. Vte. Bañuls et al. (eds), *El teatre clàssic al marc de la cultura grega...*, Bari, 1998), etc. Pero conviene prestar atención al hecho de que todos estos trabajos son artículos científicos, de mayor o menor extensión, pero siempre sobre aspectos parciales, mientras que en la obra que quiero comentar se dedica todo un volumen al tema, con un tratamiento exhaustivo de dos tragedias latinas fundamentales realizadas sobre modelos de Eurípides.

El libro de Rosato consta de tres partes, a cual más interesante. En la primera de ellas, "El *vertere* arcaico nella testimonianza di Cicerone" (pp. 17-40) se trata con rigor uno de los temas más debatidos, y más complicados, de la crítica literaria latina, el de la traducción, la adaptación o la emulación de los escritores griegos por parte de los latinos; un tema de especial vigencia desde que lo puso de moda, por así decirlo, una autoridad como A. Traina en su famoso libro *Vortit barbare...* (1970), y de nuevo a partir del polémico libro de K. Lennartz, *Non verba sed vim...* (1994). Con un excelente manejo del problema, basado en una exégesis puntual de los textos ciceronianos en litigio y en un admirable conocimiento y manejo de la bibliografía sobre el tema, este capítulo de Rosato sin duda ofrece una visión clara, y desde luego muy aprovechable, del asunto.

"La *Medea* di Ennio" (pp. 41-154) presenta una edición crítica y comentada de los fragmentos de la *Medea*, probablemente la más interesante de las tragedias del dramaturgo de Rudias. Parte Rosato de las dos ediciones consideradas por él fundamentales, la de H. D. Jocelyn (1969) y la de A. Traglia (1986), pero en su comentario no descuida ninguna otra, ni el original euripideo, ni tampoco multitud de

trabajos tanto sobre la obra griega como sobre la latina. Sin entrar en el detalle del comentario, que me podría llevar excesivamente lejos, puedo afirmar sin miedo a equivocarme que nos encontramos ante la mejor edición de los fragmentos de la *Medea* eniana jamás realizada. Quiero destacar, de paso, que aplaudo la contundencia con la que Rosato cierra el debate sobre si Enio escribió una tragedia o dos sobre Medea: "Una sola *Medea*, dunque, e senza epiteto alcuno nel titolo, conformemente alle testimonianze più antiche" (p. 46).

"Le *Bacchae* di Accio" (pp. 155-199) toma como referentes básicos la edición Budé de J. Dangel (París, 1995) y la italiana de V. D'Antò (Lecce, 1980). Cuanto he dicho a propósito del capítulo anterior es válido también para este. Ahora bien, puesto que ahora se toca una tragedia de la que yo mismo he dado primero un estudio amplio en mi libro *El tragediógrafo latino Lucio Acio* (Granada, 1984), y posteriormente una edición independiente en mi artículo "La tragedia *Bacchae* de Lucio Acio" (en *Athlon. Satura grammatica in honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, 1987, vol. II, pp. 713-726), quiero señalar el interés, cuidado, atención, inteligencia y elegancia con que Claudio Rosato comenta, admite o rechaza las propuestas y aportaciones de los estudiosos y estudiosas que se ocuparon de esta tragedia precedentemente. Considero que es un magnífico ejemplo y modelo de cómo se debe actuar en el campo de la investigación (y debo aclarar, para que no haya interpretaciones erróneas con relación a esto que digo, que no tengo el gusto de conocer al autor, del que leo en este libro que es "dottore di ricerca" en la Universidad de Lecce)..

En un Apéndice se toca otro tema interesante sobre Acio, en concreto "Il prologo delle *Phoenissae* di Accio" (pp. 201-209). Sigue la bibliografía, y dos útiles Índices de Lugares citados y de Estudiosos modernos. En suma, un libro excelente, muy interesante para el conocimiento de dos tragedias fundamentales de dos de los más grandes trágicos de Roma (¡lástima que no haya también una muestra de Pacuvio, cosa que sin embargo justifica el autor en p. 15!), y por supuesto también para los estudiosos de la pervivencia de la tragedia griega. El libro está impecablemente editado. Vaya, pues, mi sincera felicitación para el autor.

ANDRÉS POCIÑA
Universidad de Granada

VIRGINIA BONMATÍ SÁNCHEZ, *L. Valla: Apólogo contra Poggio Bracciolini (1452). Poggio Bracciolini: Quinta invectiva contra Lorenzo Valla (1453). Estudio y edición crítica con traducción*, Salamanca, Servicio de Publicaciones Universidad de León. Ediciones Griegas y Latinas 4, 2006, 150 pp., ISBN 84-9773-259-6.

Virginia Bonmatí presenta en este libro dos opúsculos salidos de la pluma de dos de los más importantes humanistas del renacimiento italiano: Lorenzo Valla y Poggio Bracciolini. Desde mediados del siglo XV se estableció una enconada disputa entre ambos por motivos políticos, rivalidades, envidias y celos que desembocaron, finalmente, en una enconada lucha lingüística. En este sentido, fue Lorenzo Valla quien criticó mordaz y satíricamente algunos escritos de Bracciolini a causa de los solecismos y vocablos del *sermo vulgaris* que éste empleaba.

Fue precisamente en ese contexto cuando Lorenzo Valla (de cuya vida y obras se aporta un esquema cronológico) escribió, en el año 1452, su *Laurentii Vallensis Apologus seu actus scenicus in Poggium*. La autora del libro comienza aportando una breve definición del apólogo, género híbrido literario que incluye elementos de la fábula, la diatriba, el *ainos* jonio y el *mýzos* griego, cuyo fin está encaminado a la enseñanza moral. Pero este apólogo no fue sino la consecuencia natural del periplo vital e intelectual de Valla, cuya formación lingüística en latín y griego fue tal que a los 20 años compuso una obra desgraciadamente desaparecida, *Comparatio Ciceronis Quintilianique*.

Sin embargo, la mejor muestra de su excelente dominio del latín se aprecia en su *De linguae latinae elegantia*, obra compuesta de seis libros dedicados al estudio de la gramática, fonética, semántica y sintaxis del latín partiendo de los modelos clásicos. Este ciclópeo estudio le llevó a una conclusión lingüística que actualmente podríamos catalogar de “darwinista”: la calidad y pureza del latín literario fue decayendo al tiempo que el Imperio Romano iba siendo invadido por los diferentes pueblos bárbaros. Además –añadía Lorenzo Valla-, el latín era el núcleo y espíritu de todas las demás artes, por lo que la pérdida de la pureza del latín y el alejamiento de los modelos clásicos (Cicerón, Quintiliano...) arrastró el declive en todas las demás artes.

Pues bien, fue su defensa de este tipo de *usus* de la *Romana lingua* la que provocó la rivalidad lingüística (si bien sus disputas personales se remontaban al año 1440, cuando ambos estaban en la corte de Alfonso V) entre Valla y Bracciolini: mientras que el primero abogaba por un uso correcto del latín, sin barbarismos y limpio de las construcciones que juristas y filósofos emplearon, Bracciolini optaba por un uso más libre de la lengua con el fin de no encorsetarla. Es decir, se revivía la oposición entre *grammatice loqui* y *sermo vulgaris*.

Esta sería la constante en la relación entre ambos: así, Valla criticaba la *Disceptatio convivalis* de Bracciolini, y éste escribía sus cinco *Oratiunculas meas, quas edidi in spurcissimum monstruum Laurentium Vallam*. De hecho, la obra que impulsó a Valla a escribir su apólogo fue la cuarta invectiva de Bracciolini, escrita a raíz de las críticas que recibió por los errores hallados en el epistolario que éste mantuvo con otro gran humanista, Nicolás Nicoli. Bracciolini, al encontrar un ejemplar de su epistolario

con anotaciones mofándose de su latín, acusó a Valla de ser el responsable de tales correcciones insultantes.

La forma literaria del apólogo de Valla es la de un acto escénico con intención mordaz e irónica. En el proemio de la obra, Valla insulta y desprecia la obra y el latín de Bracciolini, al que ni considera enemigo ni digno de someter a estudio. Por eso, según Valla, lo mejor es ridiculizarlo *quo res sit iucundior legentibus*. Y, en efecto, consigue un opúsculo mordaz y divertido: en la casa de otro gran humanista, Guarino Veronensis, Valla y Bracciolini comienzan una riña que terminará con la petición de Valla a Guarino para que sea juez de las tropelías lingüísticas de las *Epístolas* de Bracciolini. A partir de aquí, se desarrollan unas escenas esquemáticas en las que, ante el silencio de Valla y la ebriedad de Broccolini, Guarino lee un pasaje de las epístolas y a continuación lo corrige. Sin embargo, la comicidad –inextricablemente unida al escarnio y humillación que Valla quiere infringir a Bracciolini– de las escenas reside en la presencia de Parmeno, Dromo y Dionisio, sirvientes de Guarino que paulatinamente se van erigiendo en jueces. Valla se vale de los estereotipos de la comedia plautina, pues hace que estos sirvientes critiquen e insulten reiteradamente a Bracciolini por su nefasto uso del latín. La constante crítica reside en las semejanzas que Parmeno, Dromo y Dionisio hallan entre algunas expresiones y palabras de Poggio y los *vocabula culinaria*, máxima expresión del derrumbe del latín literario clásico.

Por su parte, la *Poggii Florentini Invectiva Quinta In L. Vallam* es una *vituperatio* irónica en la que Bracciolini ataca el apólogo de Valla –*qui tua non apologia, ut appellas, sed morologia*– y se defiende de las acusaciones de Valla: los errores del epistolario no son responsabilidad suya, sino que son *librarium culpa*. Incluso Poggio ataca a Valla por su soberbia y altanería, aludiendo así a las reiteradas manifestaciones de Valla, *qui Aristotelem in philosophia, Ciceronem in arte oratoria reprehendat*.

Se trata, en fin, de una buena edición –son numerosas las lecturas de manuscritos y ediciones que se cotejan en el aparato crítico del texto latino, así como es destacable la presencia de un importante aparato referencial– de dos breves escritos que, bajo las rencillas personales, dejan translucir una disputa lingüística por el correcto empleo de la lengua latina. A pesar de que se echa en falta una introducción al género del apólogo más amplia y un estudio lingüístico más profundo, el trabajo de Virginia Bonmatí tiene el mérito de atraer –y divertir– al lector independientemente de su formación o ámbito de investigación.

Alberto QUIROGA PUERTAS
Universidad de Granada.

Giovanni MARÍA VIAN, *Filología e historia de los textos cristianos. Bibliotheca divina* Madrid, Ediciones Cristiandad, 2005, 471 pp., ISBN: 84-7057-505-8.

Bajo el título original de *Bibliotheca divina* se presenta el último libro de Giovanni María Vian, catedrático de Filología Patristica en la Sapienza de Roma. El objetivo del libro, como reconoce el propio autor en la Premisa, es hacer un recorrido que marque las pautas generales de los avatares de la transmisión de los textos cristianos –escriuarios y no escriuarios- desde el punto de vista de la filología, de la historia del cristianismo y de la crítica textual.

Con tal intención, es lógico que Giovanni M. Vian emplee un esquema diacrónico en su estudio, aunque esto ha provocado que la configuración original del libro, dividida en doce capítulos (más un índice general, un índice de autores y una amplia bibliografía), acabe por resultar descompensada: así, se dedican siete capítulos a la transmisión de textos cristianos en los cinco primeros siglos de nuestra era, en los que el cristianismo emergió, asentó sus bases y finalmente se hizo acólito al poder. Este hecho hace que sólo se dedique un capítulo a la Edad Media, otro al Renacimiento y dos a los últimos tres siglos, reservando el capítulo final para el comentario de la bibliografía de cada capítulo.

Refiriéndose a la época primitiva del cristianismo, el autor comienza explicando los confusos orígenes de los textos bíblicos. Así, sorprende la manera en la que un texto canónico como la Biblia fue para los cristianos, en su origen, una amalgama de textos correspondientes a la literatura bíblica hebrea compuestos en un amplio marco temporal de mil años. Los problemas de datación y de configuración definitiva del canon del *tanak* (acrónimo de los tres grandes grupos de libros de la literatura bíblica hebrea: *torah*, *nevim*, *ketubim*), que constituyeron parte del núcleo original a partir del cual acabaría surgiendo el Antiguo Testamento de la Biblia cristiana, no son más que una muestra de la dificultad en los intentos de reconstrucción de la Biblia cristiana. De hecho, los cristianos de las primeras décadas de nuestra era tenían como texto sagrado el *tanak* –si bien aún no era corpus cerrado y homogéneo–.

Pero aun siendo evidente el influjo de la literatura bíblica hebrea en la configuración final de la Biblia cristiana, el empleo de tales escrituras ya acarreo conflictos entre los propios cristianos: así se constata en el enfrentamiento ideológico entre Clemente de Roma, que aceptaba sólo las escrituras hebreas en su concepción del cristianismo, e Ignacio de Antioquía, que apenas las citaba en su epistolario.

Giovanni M. Vian también hace especial énfasis en el proceso de creación de la *Septuaginta*, para lo cual se apoya constantemente en la *Carta de Aristeeas a Filócrates* (s. II a.C.). Este documento, fruto del interés de los judíos helenizados por mantener sus raíces en un contexto helenizado como denota el hecho de que se vertiese

a una lengua mayoritaria como la *coine* griega, supuso una importante fractura entre judíos y cristianos: aunque originariamente la traducción tuvo la intención de difundir la tradición religiosa, durante los cuatro siglos siguientes hubo un sentimiento de alejamiento por parte de los judíos de esa intención primigenia toda vez que la *Septuaginta* fue adoptada por el cristianismo. En este sentido, el autor acierta al insinuar la relación existente entre literatura-sociedad-historia: del mismo modo que la *Septuaginta* fue un intento de apertura judía a la sociedad en la que estaban inmersos, el cristianismo y las posteriores traducciones bíblicas al griego (véanse las de Aquila, Símaco, Teodoción, o la Hexapla) eran claros índices de la vitalidad y mutabilidad de los textos sagrados, que entonces no constituyeron un corpus cerrado, y de la vocación del cristianismo por alcanzar la universalidad.

Una vez que la literatura cristiana enraizó en su marco histórico-temporal, acaeció la querrela contra el paganismo: la lucha por demostrar qué religión poseía mayor *antiquitas* propició lo que se ha considerado como *furta Graecorum*, teoría según la cual hasta el mismísimo Homero estaba embebido de los textos hebraicos, si bien el poeta nunca quiso “reconocer” tal influjo. Es un proceso análogo al que se estableció a partir del siglo II d.C. –en parte, gracias a la labor exegética y analítica de los grandes filólogos y filósofos cristianos Clemente de Alejandría y Orígenes–: la carencia de una *paiedia* cristiana propia obligó a los cristianos a estudiar según el plan de lecturas que incluía autores profanos. Ante tal circunstancia paradójica, no quedó más remedio que admitir la esencia de Cristo en algunos autores paganos (Sócrates y Séneca eran los ejemplos más recurrentes), como hizo Justino al admitir que en todo ser humano –cristiano o no– existía una semilla puesta allí por Cristo, Eusebio de Cesarea con su *Praeparatio Evangelica* (todos los textos paganos no son sino una forma de preparación a la vida cristiana), o el propio Jerónimo con su onírica dialéctica *Ciceronianus es, non Christianus*.

Como expresé anteriormente, Giovanni M. Vian trata muy brevemente los quince siglos siguientes de tradición filológica cristiana. En lo que respecta a la Edad Media, se destaca el papel de figuras como Boecio, Casiodoro, Focio fundaciones monásticas como la de Vivarium o los misioneros irlandeses. A todos ellos se debe una importante labor de copia, transcripción y proceso de circulación libraria de las Escrituras tal y como salieron de la Antigüedad Tardía (especialmente en lo que se refiere a la versión de la Biblia de los *Hexapla*).

Menos filológico y más histórico es el capítulo dedicado a los avatares de la tradición bíblica en el Renacimiento, dado que ésta sucumbió a los continuos cambios sociales, políticos y religiosos de los siglos XIV-XVI: la invención de la imprenta supuso una criba difícil de superar, puesto que una vez que se fijaban los textos por escrito apenas se conservaban los códices y comentarios que antes se copiaban a mano.

La llegada de la Reforma y las críticas de los teólogos protestantes acabaron por fragmentar la tradición bíblica.

Parece que el devenir histórico quiso contraponer una determinada forma de justicia, dado que durante los siglos XVII-XVIII la aparición de los jesuitas, los mauristas o los bolandistas, órdenes dedicadas casi exclusivamente a la erudición teológica y a la transmisión de textos, restablecieron en parte el desaguado histórico y filológico que supuso la Reforma, las luchas papales, las escisiones de los distintos credos.

Por último, el autor dedica páginas generalmente elogiosas a las figuras de distintos filólogos, orientalistas o, en ocasiones, simplemente aventureros que en los dos últimos siglos se dedicaron a la empresa de salvaguardar, distribuir o descubrir textos religiosos cristianos. En este sentido, son muy interesantes las páginas dedicadas a Jacques-Paul Migne —entre otras obras catedralicias, cabe destacar la codificación de la *Patrologia Latina* y la *Patrologia Graeca*—, a la filología alemana de mediados del siglo XIX y comienzos del XX (especialmente a los descubrimientos de Tischendorf) o a la figura de las hermanas Smith Lewis en sus estancias en Santa Catalina del Sinaí.

Alberto QUIROGA PUERTAS
Universidad de Granada.

J.G. MONTES CALA, M. SÁNCHEZ ORTIZ DE LANDALUCE, R.J. GALLÉ CEJUDO y T. SILVA SÁNCHEZ, *Studia Hellenistica Gaditana I. Teócrito, Arato, Argonáuticas Órficas*, Cádiz, Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz-Ediciones Clásicas, 2003, 323 pp., ISBN 84-96274-42-X.

Este volumen se presenta bajo la forma de un compendio de cuatro estudios dedicados a una etapa de la literatura griega que escapa al monopolio que ha ejercido tradicionalmente la literatura de época clásica en el ámbito de la teoría e historia literaria griega: la literatura de época helenística e imperial. En este caso, de los cuatro trabajos que reúne este libro, dos están dedicados a Teócrito, otro a Arato y un último a una obra en concreto, las *Argonáuticas Órficas*.

Lejos de constituir un trabajo inconexo y disperso, este libro aporta una coherente y regeneradora visión de la literatura griega tardía desde la perspectiva de tres autores diferentes: la etapa de la filología helenística, las producciones literarias de aquellos eruditos y estudiosos de la lengua griega, la pulsión entre el mayor de los respetos por los cánones literarios anteriores y las innovaciones propias de una nueva

etapa, la permeabilidad del concepto “género literario”...son algunos de los parámetros que se estudian en este libro desde una perspectiva taxonómica y analítica.

Así, el volumen se abre con el trabajo de J.G. MONTES CALA, “La paradoja teocritea. Unidad y diversidad en los Idilios de Teócrito”. No se trata, en modo alguno, de una revisión o puesta al día de la bibliografía teocritea, sino que este artículo plantea, desde varios puntos de vista, uno de las características más llamativas de la literatura helenística: la variedad de contenido, tema, forma y métrica de la poesía respecto a los cánones clásicos en unos estudiosos y escritores –en este caso, Teócrito- que se encargaron de delimitar, pulir y hacer la primera gran criba de la literatura griega. Así, Montes Cala defiende el continuo μῆγμα en cada poema de Teócrito, lo que confiere a su poética un carácter variado que debería terminar con el estatismo y la común opinión que hace de la poesía teocritea un continuo βουκολικὸν ποίημα. De hecho, el autor se pregunta a lo largo del trabajo la idoneidad de aplicar el término εἰδύλλια al conjunto del corpus teocriteo. Y para dar fe de la variedad y diversidad de la obra del poeta, Montes Gala cuestiona determinados conceptos literarios. Así, diferencia entre “género literario” y “genericidad”: en este sentido, la obra de Teócrito pertenecería a los géneros del epilio y la poesía bucólica puesto que la tradición y crítica literaria posterior la clasificó así, pero, por otro lado, la “genericidad” de su obra residiría en las relaciones intertextuales con la tradición anterior y su contexto.

Si por algo se caracteriza la poética teocritea es por su tendencia a la πολυεΐδεια, diversidad que se manifiesta en la esquematización interna de los idilios del poeta, que se resisten a un rígido encorsetamiento; en la variedad de la galería de personajes secundarios y llenos de matices -característicos de la literatura helenística- que aquí protagonizan los versos del poeta; en su concepción total al tiempo que menos grandilocuente del género épico; en la diversidad métrica (sobre todo, hexámetro y lírica eolia); y su empleo preeminentemente oral y más pragmático de esta poesía frente a la habitual imagen de la literatura helenística como letra escrita.

Este profundo estudio finaliza con un exhaustivo análisis del Idilio I, programático de gran parte de la poética teocritea: a partir de la tradición anterior clásica, Teócrito fusiona desde la perspectiva de la lingüística, métrica y temática diversos usos poéticos que le llevaron a configurar una “lengua poética internacional”.

Sobre el mismo autor versan las páginas de R.J. GALLÉ CEJUDO, “La frontera entre géneros: el *Idilio XXI* de Teócrito y la epístola poética”, artículo que aborda también la separación entre géneros. Así, el Idilio 21 se ha venido considerando como una epístola poética de tema marino (aunque habría que dilucidar en primer lugar la autoría del idilio y la existencia del género epistolar ficticio en época helenística). Tomando como base la antigua doctrina del género epistolar, Gallé Cejudo prefiere hablar de una vinculación de géneros antes que de un sometimiento del Idilio 21 a la

teoría epistolográfica. Si bien hay ciertas concomitancias con la epístola (el inicio con una sentencia de tipo universal; caracterización del personaje del pescador y los tópicos que lo rodean), Teócrito se separó de este género dramatizando mediante la creación de diálogos de estilo directo, cultivando un estilo alejado de la συντομία y σαφήνεια preceptivas en la epistolografía clásica.

El siguiente artículo, “Hechos prosódicos y final de palabra en el hexámetro de Arato”, de Tomás Silva Sánchez, constituye el estudio más específico de este libro (hasta el punto de que el propio autor califica esta tarea de “tediosa y poco creativa”). Con todo, Silva Sánchez presenta una importante aportación al estudio del hexámetro helenístico (haciendo especial hincapié en Arato, Nicandro, Calímaco) analizando diversos fenómenos prosódicos –cantidad silábica, elisión, hiato, finales de palabra–.

Así, como conclusiones más destacadas cabe señalar que la frecuencia de la elisión es menor en el hexámetro helenístico que en el arcaico, y cuando se empleó fue con el objetivo de formar juegos de palabras, juegos literarios con reminiscencias homéricas o hesiódicas. Otro dato relevante de este trabajo de clasificación es la tendencia a la elisión especialmente en palabras indeclinables (muy útil es el cuadro general de elisiones en las páginas 202-203). Es igualmente importante el esfuerzo taxonómico realizado en relación al hiato, ya que no sólo se estudia la frecuencia de este fenómeno, sino también se clasifica dependiendo de la naturaleza de las vocales o consonantes que le siguen.

El libro se cierra con “Orfeo en las *Argonáuticas Órficas*: su música y su voz. Estudio de contenido y léxico”. M. Sánchez Ortiz de Landaluce sondea en el contenido de esta versión del mito de Jasón en la que el protagonista es Orfeo (mientras que la tradición más común presenta a Orfeo acudiendo a la convocatoria de Jasón, en las *Argonáuticas Órficas* es Jasón y los demás héroes quienes van en su busca) al tiempo que también narrador autobiográfico de la acción. De hecho, Orfeo copa casi todas las funciones y papeles posibles durante la aventura: actúa como salvavidas de sus compañeros mediante su canto y música, aparece como sacrificador en honor de los dioses ctónicos, sacerdote, e incluso purificador de las impiedades de Jasón y Medea.

Pero además de estas apreciaciones que hablan bien a las claras de la viveza de un mito literario en plena evolución dentro de un panorama conocido por su tendencia al estudio retrospectivo, Ortiz de Landaluce expone un detallado estudio semántico de los distintos vocablos que aluden a los instrumentos musicales (κίθαρίς, φόρμιγξ, λύρα, χέλυς, πηκτίς) y a la voz de Orfeo; así, se pone de relieve que ἐνοπή es la única palabra que se emplea exclusivamente para designar la voz del mítico tracio (frente a otros términos compartidos con otros personajes, como ὕμνος, ἀοιδή, ὁμφή, γῆρυς), o del efecto que produce su voz y canto en quien lo escucha, capaz de cautivar

(θέλω) a piedras, animales o dioses (como a Rea), o de dejar estupefactas (θαμβέω) a las ya de por sí persuasivas sirenas.

Así pues, la unidad de estos cuatro trabajos reside no sólo en la concomitancia de una misma época, sino especialmente en la voluntad de demostrar la vitalidad –incluso, en ocasiones, pragmatismo– de la literatura helenística. Formalmente, el libro incluye al final de cada aportación las reseñas bibliográficas empleadas y varios índices (autores antiguos, autores modernos y temático).

Alberto QUIROGA PUERTAS
Universidad de Granada.

Maria de Fátima SOUSA E SILVA, *Ensaaios sobre Eurípidés*. Lisboa: Cotovia, 2005, pp. 395 + bibliografía. ISBN: 972-795-133-3.

Fátima Silva (en adelante, F. S.) recoge en este volumen una serie de publicaciones anteriores que versan sobre Eurípides y algunos de los rasgos más característicos de su arte poética. La variedad de los trabajos recogidos, tanto por las perspectivas que se adoptan como por la extensa nómina de obras del poeta que son objeto de un estudio detallado, hace de esta colección un libro que es más que la mera suma de sus capítulos —algo que, tal vez, podría hacer pensar su título. Se trata, en realidad, de un libro cuyo alcance es la obra de Eurípides en su conjunto, y ello debido al acierto de las cuestiones que guían la indagación. Se atiende, pues, a una economía diferente de la que abunda hoy en la bibliografía eurípidea, donde a una indagación monográfica sobre un determinado tema suele seguir un estudio pormenorizado de una o dos obras en las que la idea investigada cobra mayor relevancia. La virtud de los ensayos que aquí se presentan estriba, en este sentido, en el amplio panorama que ofrecen los estudios particularizados sobre diferentes obras de nuestro tragediógrafo que, con todo, convergen en una rica y articulada visión de conjunto que privilegia una serie de perspectivas de completa actualidad en los estudios sobre Eurípides.

El primero de los trabajos recogidos es el que lleva por título *El bárbaro y su mundo en el teatro de Eurípidés*, donde F. S. advierte sobre el cambio que se produce en el siglo V en relación con la visión tradicional del bárbaro. Esta transformación se puede constatar en la obra de Eurípides, que permite ver la convivencia entre lo tradicional y lo nuevo en una producción que juega tanto con los estereotipos arcaicos socialmente aceptados como con la crítica de esos mismos patrones, que se subvierten o simplemente cuestionan la superioridad de la diferencia (19).

Observamos en algunas de las piezas de Eurípides la conversión de un patrón narrativo –el del héroe viajero que se enfrenta a un enemigo terrible y bestial– a un esquema dramático, donde lo imaginario y fantástico dan en una traslación a lo etnográfico y estético. Los escenarios de lo bárbaro suelen ser en estas obras recónditos y exóticos, terrenos inhóspitos –no exentos, sin embargo, de belleza, aunque peligrosa– y ajenos a los parámetros habituales de los espacios de civilización (19, 21). Heredero del imaginario mítico que ubicaba en esos parajes la figura amedrentadora del monstruo, Eurípides pinta con los colores de lo bárbaro a los habitantes de estos lugares remotos, cuyo *ethos* se adecua coherentemente con una topografía que podríamos denominar moral. El Cíclope, los Tauros o Teoclímeno se rigen por otros *nomoi*: desprecian la hospitalidad con el extranjero y con el suplicante y se muestran dispuestos a sacrificar impía y despiadadamente a sus víctimas (25). Junto a la xenofobia y el carácter sanguinario, el diferente *nomos* político marca también un punto fundamental de desencuentro entre formas de cultura: el bárbaro se rige por un despotismo que reduce al extranjero al sometimiento y que atenta directamente contra su vida. De ahí que en estas piezas la construcción de la trama pase siempre por un esquema de salvación donde el recurso fundamental sea el engaño y donde la inteligencia griega destaque sobre la ingenuidad del bárbaro (38-39).

Las experiencias de la guerra del Peloponeso y de los continuos actos de violencia que ésta conlleva a lo largo del siglo V acentúan la transformación de este panorama, toda vez que la violencia como exponente de barbarie y salvajismo se hace también protagonista en las filas helenas. Paradigmático en el mito sobre el enfrentamiento militar y cultural entre griegos y bárbaros era el conflicto troyano, del que la tragedia toma su argumento con inusitada frecuencia. En *Troyanas* y en *Hécuba*, Eurípides presenta a unos griegos que actúan de forma más bárbara que los propios bárbaros, como reprochan los personajes femeninos de estas obras. Con todo, la tipificación de lo bárbaro se mantiene, por ejemplo, en la figura de Poliméstor, rey de los Tracios, en cuyo territorio, desolador y remoto, se ubica el drama de *Hécuba*. El total desprecio por los valores vinculantes de la *xenia* y de la *philia* que demuestra este personaje lo sumen en el modelo característico del bárbaro (49).

Otra consideración de la alteridad del bárbaro es la que atiende a la convivencia o adaptación del extranjero en el seno de la comunidad griega, *i. e.*, en tierras helénicas. La *Medea* de Eurípides ha sido frecuentemente interpretada como la tragedia de esta inadaptación, dado que el carácter apasionado y violento de la extranjera y los horrendos crímenes que comete son considerados desde este punto de vista estereotipado de lo bárbaro. Pero, como señala F. S., “Eurípides no quiso crear una extranjera exótica, injertada como elemento extraño en la sociedad griega –como será el caso del frigio en el *Orestes*–, o conferirle los trazos que contrastan lo griego con lo bárbaro, como en el

caso de Toante ante los hijos de Agamenón. Medea es una mujer helenizada, que hizo, como ella misma reconoce, un aprendizaje de la vida griega y un tremendo esfuerzo de adaptación” (69). Su carácter pasional y desmedido responde más bien a una tipología de lo femenino característica de la dramaturgia eurípídea. Con su *Medea*, Eurípides invierte el mecanismo propio de la trama de engaño y salvación que se desencadena en los espacios exóticos, en los que se confronta lo bárbaro con lo griego y aquél es superado por éste (71). La barbarie de Medea es puesta en entredicho por la traición de Jasón a la *dikê* y la *philia* debidas, como reconoce el coro (73-4).

La diferencia entre lo griego y lo bárbaro vuelve a ser especialmente señalada, sin embargo, en el *Orestes*, con los esclavos de Helena, que imprimen cierto lujo y exotismo en el palacio de Argos, y, sobre todo, con el personaje del siervo frigio, cuyo atuendo y expresión extreman las diferencias. El paisaje propio de los confines remotos de lo bárbaro se trasplanta a Micenas, donde la superioridad helena es incontestable frente a la cobardía e ingenuidad de los frigios, perdida ya definitivamente toda huella del heroísmo de los tiempos pasados de la guerra de Troya (81-2).

Por último, merecen una mención especial las *Bacantes*, donde lo extranjero está representado en colectivo, por toda una comunidad humana que, junto con su dios, trata de fundar e implantar sus modos de celebración y culto en el seno de una ciudad griega. El paisaje y la topografía mezclan lo bárbaro con lo helénico en una dimensión más amplia, que transforma los términos tradicionales de la oposición a categorías más generales y universales: la naturaleza frente a la cultura, la *physis* frente al *nomos* (90-1).

En el segundo trabajo, *Philia y sus condiciones en la Hécuba de Eurípides*, F. S. destaca como tema principal de esta pieza el sufrimiento en tiempos de guerra, los límites de la resistencia humana al dolor y las motivaciones que conducen al conflicto. (94-5). Desde el principio, la obra señala las relaciones familiares que la guerra ha roto despiadadamente: Polidoro se refiere a su madre como *philos* (v. 30), como también Hécuba lo hará respecto a sus hijos (vv. 74-5) y la misma Políxena respecto a su madre (vv. 409-10), en un abrazo de despedida que subraya con el movimiento gestual la relación de solidaridad y cooperación familiar del término.

Significativamente, las relaciones de *philia*, que no atañen únicamente a la comunidad familiar sino también política, especialmente en los contextos vinculantes de la *xenia* y de la *charis*, son invocadas tanto por los agresores del dolor como por sus víctimas. El fantasma de Aquiles exige un *geras* como prueba de *charis* a sus *philoí* (vv. 42-3). Por su parte, a Hécuba de nada le sirve la memoria de los tiempos pasados en los que quedaron trabados por *charis* los lazos de una obligación interpersonal entre ella y Odiseo: los deberes particulares son conculcados por los intereses generales y el prestigio social; la reciprocidad se diluye ante la demanda política urgente (vv. 254-7 y 272-6).

El ejemplo extremo, sin embargo, de la total desconsideración de la *philia* lo representa Poliméstor, *xenos* y *philos* de los reyes troyanos, a quienes traiciona por oro (vv. 790-6). Para ejecutar su venganza, las únicas amigas que encontrará Hécuba serán las troyanas, unidas en la experiencia común del dolor (115). La guerra contamina toda forma de *philia* y *charis*; así lo ponen de manifiesto Agamenón y Poliméstor, que justifican su actitud ante la situación de Hécuba apelando a sus respectivos compromisos con sus aliados políticos. El deterioro de los lazos de amistad en el desorden de la guerra niega la condición misma de humanidad y heroísmo. Las criaturas más indefensas, los niños, terminan siendo las principales víctimas (123-124).

El tercer trabajo se titula *Sacrificio voluntario. Teatralidad de un motivo euripídeo*. El motivo del sacrificio voluntario encuentra en Eurípides el desarrollo dramático característico de un artista innovador tanto en la tradición mítica como en la escena (127-8). Destaca sobre todo la juventud de las víctimas, femeninas en la mayoría de las ocasiones, personajes secundarios sobre los que el poeta concentra la atención durante un episodio de marcado patetismo; también la presencia añadida de *parentes*, familiares cuyo dolor es igualmente subrayado, acentuando el *pathos* propio de la escena (133).

En el caso de *Heraclidas*, parece que el motivo del sacrificio voluntario está apenas estrenándose en la dramaturgia euripídea. Algunos estudiosos modernos lo consideran una innovación del poeta, poco relacionada con el resto de la obra y con un escueto desarrollo. Todo es voluntario en el sacrificio de Macaria, que sale a escena sin ser requerida y de quien no se volverá prácticamente a hablar una vez marche hacia la muerte. Pero la suya es una muerte gloriosa, que coopera con la gloria de Atenas en la salvación de la ciudad acogedora de unos suplicantes que colaboran con quienes les dan asilo y protección.

A diferencia del sacrificio de Macaria, el de Políxena en *Hécuba* desarrolla dramáticamente un tema ya contemplado por la tradición mítico-literaria del personaje. Pero será justamente la presencia de Hécuba la que elaborará el detalle patético tan escuetamente representado por Alcmena en *Heraclidas*. Ahora la madre desarrollará todo el dolor que la separación de su hija y su injusta muerte provocan sobre ambas. El temor de Hécuba por la inmolación de Políxena contagia al principio a la joven del horror ante la violencia de la separación, pero progresivamente Políxena va adquiriendo la talla heroica de la *areté*, desde su despedida hasta la narración gloriosa de su muerte, verdadera muestra de virtud moral y física sin parangón en el universo trágico (152). Aunque, sin duda, la obra que hace del sacrificio humano su argumento es la *Ifigenia en Aulide*. Precedida de una notable tradición anterior, Eurípides desarrolla el motivo del sacrificio en un marco de expectativas que el dramaturgo elabora a un tiempo y frustra. Atrás quedan la sobriedad del episodio de Macaria o la exaltación patética de la muerte de Políxena. “Lo que cuenta ahora es sobre todo lo inesperado, la variedad de

procesos y personajes, la sucesión intermitente de horas de esperanza y desánimo, en un dilatado fluir de peripecias que tienen por motivación la amenaza del sacrificio” (153-4). El padre de la joven concentra sobre sí los vaivenes del mismo, al debatirse entre dos obligaciones encontradas, en las que acabará por imponer su peso el compromiso político, por encima del familiar. Pero es precisamente el cuadro familiar el que destaca el empeño único de Ifigenia de arrostrar la muerte por Grecia y cuidarse, con todo, de su hermano Orestes, apenas un niño balbuciente, y aun del amor de sus padres. El motivo del sacrificio voluntario culmina, así, la carrera dramática de un artífice de la innovación y de la emoción.

En cuarto lugar se presenta *La Fedra de Eurípides. Ecos de un escándalo*. De todos los testimonios antiguos, es, quizás, la comedia de Aristófanes la que de forma más expresiva de cuenta de una de las características más provocadoras del teatro de Eurípides: el realismo y el desarrollo psicológico del que dota a todos sus personajes y, muy especialmente, a las mujeres, a las que convierte en espejos de impudicia y libidinosidad. Es, entre otros, el caso de Fedra el más llamativo por cuanto, a pesar de haber motivado una segunda recreación que recondujera los excesos de la versión anterior, el poeta no deja de escandalizar en buena medida, como muestran las recurrentes críticas aristofanescas. En efecto, F. S. señala que de las comedias de Aristófanes se desprende que tanto la primera como la segunda versión presentan una imagen reprobable del comportamiento femenino, que la segunda versión no llega a corregir, y que constituyen un peligro como modelos de un comportamiento reprehensible que en ningún momento un poeta debe mostrar al público (172).

Fedra es víctima de una pasión amorosa irrefrenable en las dos piezas euripídeas, aunque el arrojado instigador de Eros en la primera ceda a las manipulaciones de Afrodita en la segunda, confiriendo a aquélla el papel de víctima no complaciente y trasladando al ama la osadía que ostentara torpemente la protagonista en la versión anterior. En los dos dramas, sin embargo, se ponía de manifiesto la vulnerabilidad femenina en las cuestiones amorosas, su astucia para el disimulo y el engaño del marido, y la facilidad verbal con la que logra justificar con palabras persuasivas los actos más reprochables. La misma Fedra, y también Hipólito, exponían abiertamente en sus intervenciones estas censuras de las que luego personajes como Mnesíloco en *Tesmoforiantes* se harán eco fiel en la comedia. Preocupado por la renovación de una tragedia más humanizada y realista, Eurípides no se somete a los límites propios de su género, como le reprochará sin ambages la comedia de Aristófanes (193).

El tema del quinto trabajo es el *Eteocles de Fenicias. Ecos de un éxito*. Frente a la nueva dramaturgia euripídea, Esquilo pasó a representar los cánones de un género cuya dicción y valores remontaban a un pasado glorioso y remoto de exaltación militar casi épica. De sus obras, los *Siete contra Tebas*, drama “lleno de Ares”, es quizás una

de las más representativas de las cualidades propiamente esquiléas. Cuando Eurípides decide llevar a escena el mismo *mito* no puede dejar de tener como referente aquella pieza de Esquilo, sobre la que guarda una relación “atenta y crítica”: las dos tragedias sobre los hijos de Edipo son completamente diferentes en cuanto a estructura, expresión y sentido (196-7).

Eteocles, el personaje central de los *Siete*, hace converger la tragedia sobre sí como eje en torno al que todo se articula. Defensor de la patria, pero maldito por su padre, el Eteocles de Esquilo es un guerrero y gobernante consciente en todo momento de su situación. Su razón mueve todos sus actos desde la soledad de un espacio cívico en el que destaca la ausencia de todo signo familiar: sin padres ni hermanos que se hagan visibles, arrostra solo la defensa de la ciudad contra el ataque enemigo. Sus desabridas contestaciones a las mujeres del coro, únicas portavoces de lo privado, son una consecuencia más de la coherencia extrema de la lógica del soberano, que no puede atender a otras consideraciones que las de su destino (207-8). Por el contrario, el Eteocles de Eurípides representa un nuevo tipo de hombre, comprometido también con el ámbito doméstico, cuya presencia es constante a lo largo de toda la obra. Su carácter esforzado es semejante al del héroe de Esquilo, pero sus motivaciones son menos razonables desde el punto de vista político, exacerbando los excesos del tirano y sus fatales ansias de poder (213, 215). El Eteocles euripídeo pierde progresivamente protagonismo al revelarse incapaz de defender la ciudad que él ha puesto en peligro (218). La maldición de Edipo es secundaria y será el sacrificio de Meneceo el que salve Tebas con su inmolación, mientras que el luto por la muerte de los combatientes ampliará su dimensión patética al incluir entre los cadáveres de los hermanos el cuerpo de la madre anciana, también llorado por los familiares.

El sexto trabajo estudia la *Expresión dramática del tema del ‘viaje’*. La *Ifigenia entre los Tauros de Eurípides*. A partir de la *Odisea* se configuran los estereotipos del motivo literario del viaje: el mar como elemento hostil y peligroso que se interpone entre el viajero y el regreso, la lejanía de los confines remotos a los que arriba y el tiempo empleado en el viaje, así como los padecimientos y la astucia del viajero que a fuerza de resistencia y de ingenio logra al fin regresar.

A pesar de que estas convenciones resultan más adecuadas a la narrativa que a la dramaturgia por las dificultades materiales de la puesta en escena, Eurípides cultivó con cierta recurrencia este motivo en la década de los años veinte del siglo V con tragedias como *Helena*, *Andrómeda* y, especialmente, *Ifigenia entre los Tauros*. Para salvar las deficiencias materiales, el poeta aprovecha los recursos poéticos del género, confiriendo a las palabras el poder representativo y figurativo de los lugares comunes del motivo, dotándolos de un vívida expresividad teatral. Al ubicar el drama en Tauris crea el marco convencional de los lugares remotos y peligrosos que suele recorrer el

héroe de la literatura de viajes. El espacio dramático es descrito con amplio lujo de detalles y obedece a los estereotipos de lo extranjero y lo bárbaro: xenofobia e impiedad religiosa en coherencia con un paisaje abrupto y hostil tanto para el que llega como para quien intenta huir. La nostalgia por la patria afecta a todos los personajes que llegan a estos confines por motivos diversos: a Ifigenia, al coro y a Orestes y Píldes, que a efectos dramáticos sintetizan en su reciprocidad la comunidad formada por el héroe y sus compañeros en la epopeya. Al final, la maniobra de salvación se resuelve gracias a la astucia de Ifigenia, que engaña a Toante, personaje característico de la ingenuidad del bárbaro frente al griego. El engaño consiste en un espectáculo de carácter teatral, puesta en escena de un rito purificador que culmina los anhelos del viaje y las expectativas de los participantes por el regreso a la civilización helénica y la restauración del *nomos* –familiar, en el caso de Orestes e Ifigenia, y religioso en el de Ártemis.

En el estudio de *Eurípides crítico teatral*, se destaca otra característica de estas piezas eurípideas de la década de los años veinte: la tendencia a incorporar en las mismas recursos y expresiones del arte poético de la tragedia. La *Helena* es, en este sentido, un testimonio excepcional en el que la protagonista, trasunto literario del poeta, organiza un espectáculo dramático donde desarrolla con éxito los motivos narrativos de la huida y el *nostos* (244-5, 262). Como un desdoblamiento privilegiado del propio Eurípides, Helena organiza y manipula el juego escénico y sus recursos. Organiza, en primer lugar, el espacio y sus posibilidades dramáticas, transformando la tumba de Proteo en altar sagrado contra la violencia y asilo de suplicantes, al tiempo que dispone con total eficacia los argumentos de la persuasión y la *mechanê* del engaño. Helena suscita la compasión con eficacia no sólo verbal sino también performativa, aprovechando la imagen deplorable de su esposo harapiento tras el naufragio y adoptando ella misma las vestiduras y signos externos del luto, en un alarde magistral de la *apatê* señalada por Gorgias respecto a la tragedia: la mujer representa ante el rey un espectáculo trágico, imitación del duelo y de sus ritos funerarios.

El siguiente trabajo lleva por título *Vida y muerte en la Helena*. A pesar del convencionalismo de tragedia ‘novelesca’ (*romanesca*), Eurípides subordina el romanticismo o la emoción a cuestiones de intelectualidad del momento, antítesis como conocimiento / ignorancia, verdad / apariencia, fuerza / inteligencia y, sobre todo, vida / muerte (270), explotadas en sus dimensiones filosóficas, teatrales y argumentales. La obra destaca especialmente el simbolismo épico-narrativo del *nostos* y la *anagnórisis*, a los que aplica lo que podría calificarse de “correcciones” dramáticas adecuadas al género en un nuevo empleo del mito y del arte trágico. Helena integra en sí misma las paradojas de la vida y la muerte que ella provoca y articula tanto de forma involuntaria como de manera consciente. Sobre Helena confluyen, en extraña convivencia, las poderosas fuerzas de la belleza y destrucción de Afrodita y Eros, en un espacio que es

mezcla, por un lado, de barbarie, en su exotismo extranjero tanto egipcio como troyano, y, por otro, de piedad, figurada en el túmulo que será seña de vida y protección contra la muerte en tanto emblema del carácter piadoso del difunto Proteo (275). La presencia de Teucro, primero, y de Menelao mismo, después, lleva consigo la imagen de Troya hasta Egipto e impone sobre Helena el *eidolon* de “hada de la muerte”, como causante de innumerables víctimas de guerra (275-6). El espectro de Helena destaca la inadecuación de los términos de la realidad, como también su propio nombre, cuya etimología desmiente, sin embargo, su persona (*soma*). La amenaza de Teoclímeno acentúa, además, esta impregnación de Troya en Egipto, pues el nuevo rey semeja un segundo Paris que trata de arrebatar a Helena de su legítimo esposo a costa de la muerte de los griegos y según una imposición bárbara (279). El plan de huida y de salvación emplea a su vez la imitación de la muerte: Menelao, harapiento, habrá de renunciar a la gloria militar y al heroísmo combativo y viril que le valiera en Troya para acogerse ahora a un túmulo funerario como protección de su vida y permitir que se propale el anuncio de su propia muerte, cuyo luto y ritos funerarios lo conducirán a la ansiada forma de vida griega. Como si de un nuevo rito de pasaje se tratara, Eurípides ofrece a su público el espectáculo de una imitación ritual que conduce de las sombras de la muerte a la luz de la vida (284).

Finalmente, el volumen concluye con el estudio de los *Elementos visuales y pictóricos en la tragedia de Eurípides*. Este último trabajo presenta a Eurípides como reformador de la tradición literaria —épica y lírica, fundamentalmente—, influido por las corrientes estéticas del momento en las artes plásticas con las que se le relacionó incluso biográficamente (286-7). El detalle visual se observa en determinados rasgos marcados de su poesía, como la caracterización de las ciudades que sirven de telón de fondo a la temática trágica y que el poeta describe con vívido realismo. Un ejemplo llamativo en este sentido lo ofrece la Tebas amenazada por el ejército enemigo en las *Fenicias*, donde el recurso homérico de la *teichoskopia* se renueva con una perspectiva visual deudora de la técnica pictórica de la escuela de Polignoto, atenta a diferentes planos, al movimiento de las figuras, a la sugestión de sentimientos en las actitudes exteriores de los héroes (297, 299). El detalle cromático y la abundancia de epítetos concurre especialmente en los estásimos corales, proclives a la ambientación mitológica, y el paisaje protagoniza piezas como *Bacantes*, donde la fertilidad propia de los ritos de Dioniso se une a la feracidad del entorno, que inspira una de las últimas obras del poeta en la corte de Macedonia. La variedad colorista de muchos de sus versos, así como los contrastes de los calificativos reflejan las tendencias de la técnica más reciente del arte de la pintura, con sus efectos de perspectiva y claroscuros, como se aprecia también en los pasajes dedicados a Apolo en *Ifigenia entre los Tauros* o *Ión*.

El preciosismo de las descripciones puede llegar incluso a detener la narración y dar paso a la *ekphrasis*, como la que describe la tienda en la que se concentran los preparativos con los que Ión desea agasajar a sus amigos. La riqueza del tejido y el primor de los bordados es una recreación única en la tragedia clásica de un motivo tradicional de la poesía épica asociado a las labores femeninas y los dones de hospitalidad (320-1). Otras veces, la suspensión de la tensión del drama da pie a otro tipo de descripciones idealizadas y escapistas a las que se entregan tanto los personajes individuales como el coro, agobiados por la fatalidad de su destino (332).

Otro motivo épico que Eurípides enriqueció y adecuó a sus tragedias de guerra es el de la descripción de las armas y el catálogo de los ejércitos, inserto en las piezas de la última fase del poeta, caracterizada por el preciosismo y la exuberancia pictórica, como se aprecia en la descripción del escudo de Aquiles en la *Electra* o en la párodos de *Ifigenia en Aulide* (343). A diferencia de los usos dramáticos que tragediógrafos como Esquilo hacen de este motivo, insertándolo en el vértice de la trama como espectáculo axial de su desarrollo, Eurípides lo desarrolla con la finalidad puramente estética del ornato narrativo, como se aprecia en la comparación de las escenas de las imágenes de los escudos de los guerreros enemigos en *Siete contra Tebas* y en *Fenicias* (365-8). El poeta amplía la escena, actualizando imaginariamente los espacios extraescénicos mediante una riqueza descriptiva sin parangón (371-4).

Finalmente, merece también la pena señalar los abundantes pasajes en los que se hace explícita mención de las artes figurativas, escultura y, sobre todo, pintura. Ésta es valorada en su condición de difusor cultural, en tanto imitación de la experiencia (388-9). En este sentido imitativo, la pintura se asemeja a la poesía dramática, que asimila su vocabulario específico como vehículo de expresión de su propio arte. La recopilación de estos trabajos ofrece, en definitiva, una perspectiva abarcadora de la poesía de Eurípides, que atiende a las categorías distintivas de su arte trágico –aquéllas que tienen que ver con la invención y la representación–, y que nos permite un acercamiento más rico a las cuestiones del género y del autor.

Lucia ROMERO MARISCAL
Universidad de Almería

ALEJANDRO FORNELL MUÑOZ, *Las villae romanas en la Andalucía Mediterránea y del Estrecho*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Jaén, Jaén, 2005, 140 pp. ISBN: 84-8439-225-2.

Esta obra de Alejandro Fornell Muñoz, *Las villae romanas en la Andalucía Mediterránea y del Estrecho*, es fruto del trabajo realizado en la elaboración de su tesis doctoral. Con esta obra se inicia un estudio, más bien se propone un estado de la cuestión, sobre las *villae* de la Andalucía Mediterránea, un marco geográfico muy descuidado desde el punto de vista de las investigaciones según el autor, del que tan sólo conocemos algunos análisis muy parciales. Esta obra el autor nos la presenta en dos partes, por un lado un CD-ROM en donde se encuentra la versión íntegra de la tesis, y por otro lado un resumen en donde se exponen las principales ideas y conclusiones fruto de la investigación.

El análisis que voy a realizar, lo centraré fundamentalmente en el pequeño opúsculo editado, aunque antes voy a resumir brevemente de que consta el CD-ROM que acompaña a la obra. En él encontramos la versión íntegra de la tesis, con algunos apartados que no vemos en el libro. Está estructurado en diversos capítulos: primero una Introducción, seguida de siete secciones, dedicada la primera al marco espacial y temporal, la segunda a las fuentes utilizadas, las siguientes cuatro al catálogo de *villae*, por provincias actuales, continuando la sección séptima dedicada con una valoración histórica, para terminar con las conclusiones generales, bibliografía, documentación gráfica, y un índice de abreviaturas y otro general.

En cuanto al monográfico esta estructurado en cinco bloques que a continuación voy a describir: Un primer bloque dedicado a la Introducción del tema, donde se observa como el autor intenta responder básicamente a tres cuestiones: ¿Qué estudiar? ¿Por qué estudiarlo? Y ¿Cómo estudiarlo?. A la primera pregunta, se responde presentando lo que es una *villa*, aunque ya en el segundo bloque se define más ampliamente. Nos la describe como unidad de población y fórmula de explotación de recursos, insertándola como un elemento de explotación dentro del territorio de una *civitas* (no olvidar que la *civitas*, comunidad de ciudadanos jurídicamente definida, esta formada por *urbs* y *territorium*), pero además de unidad explotadora, las *villae* también serán un elemento de romanización, dentro de este punto también se establece la adscripción espacial (zona mediterránea de Andalucía) y temporal (desde la ocupación romana de la zona, en época republicana, hasta el final de la antigüedad tardía). En cuanto a la segunda pregunta ¿por qué estudiarla? hay que decir que desde siempre el tema urbano siempre se ha estudiado más, así que por un lado está más investigado, y por otro lado el mundo rural muy poco estudiado, siendo más productivo. A parte decir, que la investigación se centra en la zona de la Andalucía Mediterránea y el Estrecho, porque de esta zona apenas hay bibliografía y estudios, ya que las investigaciones que existen, están dedicadas exclusivamente a la zona del valle del Guadalquivir. Por lo que respecta a la última pregunta, decir que la metodología utilizada consiste en el estudio desde lo general a lo particular, usando las fuentes literarias, epigrafía, arqueología, numismática,.. y siempre

que se pueda el uso de la escasa bibliografía existente, pero no realizando un mero catálogo de la villas conocidas, sino conociendo en profundidad y valorando el papel de las *villae* en la antigüedad.

En un segundo bloque, mucho más conceptual, el autor nos va a describir de una forma más amplia qué es una *villa*, término impreciso ya desde la Antigüedad, pues ésta podía ser desde una simple granja a una rica residencia rural. Además con el paso del tiempo este término sufrirá importantes modificaciones. Aunque por lo general se entiende como una hacienda de explotación agrícola compuesta de una casa (*villa*) y un territorio (*fundus*). Las características que debía tener una *villa* según nos informan los agrónomos latinos (Catón, Varrón y Columela), serían estar en terrenos muy fértiles, salubres (lejos de humedales y zonas peligrosas) bien provistos de recursos, sobre todo de agua, y próximos a unas buenas vías de comunicación (ríos o calzadas). Estos requisitos debían cuidarse aún más en la zona próxima a la casa. Como nos dice el autor, citando al agrónomo Columela, la *villa* está articulada en tres partes: urbana, rústica y frumentaria. La *pars urbana*, es la parte noble, que correspondería con la *domus* del propietario y su familia. La importancia de ésta dependía de la de su dueño, en muchas ocasiones era muy lujosa, llegando a tener importantes edificios, como teatros o termas. Eran ya lugares más de ocio que de explotación. La *domus* contaba al menos con los siguientes elementos: un atrio, peristilo, habitaciones dedicadas a dormitorios, comedores, cocinas, llegando incluso a tener jardines. La segunda parte era la rústica. Citando al autor, era el lugar de residencia de la mano de obra, en su mayoría esclava, en donde se situaban los establos, los corrales... y los almacenes para los enseres de labranza. Por último, en la *pars frumentaria* encontramos el espacio donde tienen lugar las actividades de elaboración, conservación y almacenaje de productos agrícolas (graneros, talleres de vino y aceite...) junto a las zonas de cultivo, huertas, pastos y bosques cercanos.

El tercer bloque, dedicado al catálogo, comienza con algunas precisiones para la comprensión del catálogo. Acto seguido, comienza el autor la descripción de las diferentes *villae* presentes en la zona de estudio, utilizando el material arqueológico encontrado. Para estructurar el catálogo el autor establece primero una división por provincias, que son cuatro: Cádiz, Málaga, Granada y Almería, y luego, dentro de cada provincia, inserta la *villa* dentro de términos municipales actuales. Por último establece qué *villae* se conocen seguro y de cuáles poseemos materiales que las hacen posibles.

El cuarto bloque, el dedicado a la conclusión, posiblemente sea el que más información nos aporte, ya que es la esencia misma de la investigación. Pero antes de comenzar a presentar las conclusiones, hay que decir que éstas no son definitivas, tan solo son una primera propuesta, ya que encontramos muchas dificultades para el estudio, ya que la mayoría de la información nos la aportan las actividades arqueológicas que en

su mayor parte son prospecciones (muchas ni publicadas), y tan sólo unas cuantas intervenciones, en muchos casos muy parciales. Así que al tener poca información arqueológica (en su mayoría inventario arqueológico), con muchas lagunas y una bibliografía inexistente (en algunas ocasiones con falta de rigor científico) el autor presenta unas conclusiones que en muchos sentidos, pueden ir completándose o alterar, con futuras investigaciones que cuenten ya con más material.

Por lo que respecta a la distribución de las *villae*, decir que en la provincia de Cádiz éstas se concentran en dos zonas fundamentalmente, la zona entre la desembocadura del Guadalquivir y el Guadalete, y la zona de la bahía de Cádiz, incluyendo pequeños enclaves costeros que van desde aquí hasta el Estrecho, mientras que en la zona montañosa y del interior de la provincia apenas tenemos noticias de yacimientos. Las condiciones que hacen que en esta zona proliferen más *villae* son, en el primer caso, la presencia de una llanura extensa y fértil regada por ríos, y en el segundo, la presencia de importantes núcleos urbanos portuarios en donde se desarrollarán importantes actividades económicas, administrativas y comerciales. Continuando con la provincia de Málaga, de la que contamos con muchos más estudios arqueológicos, y por tanto, número de *villae* conocidas, que presentan más o menos la misma distribución que Cádiz, importante en la zona costera con grandes ciudades e importantes centros comerciales (en donde también destacan las salazones), y en la zona de la Hoya de Antequera y depresiones Ronda-Málaga con tierras fértiles y propicias para la agricultura, aparte de estar bien comunicadas. Por lo que respecta a Granada, en donde la mayoría de las *villae* se concentran en el exterior, Vega de Granada y Hoyas de Guadix y Baza, y muy pocas en la costa, destacan en esta provincia las *villae* dedicadas exclusivamente a la explotación agrícola, no unidas a grandes centros comerciales y quizás más dependientes de grandes vías de comunicación. Por último, en la provincia de Almería, de las que conocemos menos *villae*, más pequeñas y más dispersas, destaca, por un lado, la de la zona costera, con *villae* cercanas a importantes ciudades y zonas de desembocadura, y por otro *villae* en la zona del interior, en los cursos de los ríos y con una orografía más agreste, que posiblemente dependía de vías de comunicación o de núcleos dedicados a la explotación minera.

La implantación de las *villae* en esta zona tuvo lugar durante el siglo I a. C., junto con el mayor proceso de difusión del sistema romano de fundación de colonias y fundación municipal, presencia de cultivos romanos, llegada de itálicos... aunque su mayor prosperidad tiene lugar en el siglo I d. C., como lo atestigua la arqueología (mayor proceso de urbanización. Después de este periodo habrá una ralentización del ritmo del crecimiento del número de *villae*, e incluso habrá un retroceso en el siglo II d. C., ya que se produce una concentración de tierras, aunque las *villae* cada vez serán más grandes, monumentales y ricas. Con el siglo III este proceso continuará pero se

comienza a ver una crisis económica que afectará a la Bética, poco a poco la importancia económica basculará hacia el norte de África, pero también hacia las *villae*. Las ciudades quedan despobladas y mucha gente se va a sus *villae*, que tienden a transformarse en unidades políticas, sociales e incluso religiosas. Ya durante el siglo IV continúa el proceso de monumentalización, se comienzan a crear nuevas *villae* e incluso a reconstruir algunas abandonadas anteriormente. Durante el siglo V e inicio del VI, con las invasiones, las *villae* se fortalecen aún más, continuarán siendo autárquicas e independientes, en ellas se generará la aristocracia latifundista hispano-romana que tratará con los bárbaros. Pero ya durante el siglo VI y VII, con el enfrentamiento entre visigodos y bizantinos, hará que esta zona se incorpore al reino de Toledo y poco a poco irán desapareciendo las estructuras romanas, y con ello las *villae*.

Por último, dentro de este apartado destacar la *villa* como un elemento dentro del territorio de la *ciuitas*, que surge por unas circunstancias concretas de producción, con unas dimensiones, con una estructura de propiedad y con un modo de producción (primero esclavista, luego con el paso del tiempo se extenderá el colonato), con una tipología productiva basada en el cultivo de la tríada mediterránea y la ganadería y con una producción destinada primero al autoconsumo, después a un mercado de ciudades cercanas, pero también destinado al comercio a larga distancia (en muchos casos sus productos llegarán a Italia, como es el caso de la exportación de aceite).

Por último, en el quinto bloque, destinado a la documentación gráfica, vemos diferentes tablas, en donde se nos presenta el número de *villae* y posibles *villae* ordenadas por provincias y términos actuales. Luego también vemos unas tablas de cronología, características y tipologías de las principales *villae* por provincias. Por último vemos un mapa con la distribución de yacimientos en las cuatro provincias estudiadas.

En cuanto al comentario personal que me lleva la lectura de la obra, he de decir, que me parece una importante herramienta para el estudio de las *villae*, en una zona, la Andalucía Mediterránea y el Estrecho, del que existen abundantes estudios parciales (como los realizados en Cádiz por D. Bernal, en Málaga por B. Martínez Díaz o M. Rodríguez Berlanga, en Granada por N. Marín Díaz, S. Jiménez Contreras o M. Joyanes Pérez, o en Almería con los trabajos realizados en *Murgi*, *Urci* o *Abdera* por M. Carrilero y M.J. López), pero no así ninguna obra general. Dentro de la parte crítica, destacar dos puntos que me parecen mejorables: el primero sería, que dentro de la estructura del catálogo, presentación en provincias y términos municipales, no se hace nunca referencia a unidades político-administrativas o étnico-cultural de la antigüedad, algo que creo no se debía obviar, puesto que hacer referencia a la pertenencia dentro de una *ager* concreto (*municipium* o *colonia*), podría enriquecer el estudio. Yo creo que sería más lógico presentar el yacimiento dentro de un *ager* antiguo, y después poner al

lado junto al número de inventario de yacimiento el término y la provincia a la que pertenece. Por último echo en falta al final del libro una bibliografía, aunque fuera básica, ya que para mirar un libro te tengas que ir a la nota y en muchos casos al ser obra citada tengas que buscarla por todos sitios, no me parece bien. Pero en general veo este trabajo como una herramienta que nos ayuda a comprender el proceso de surgimiento, desarrollo y culminación de un proceso muy poco estudiado a lo largo del tiempo y que es muy importante ya que con su estudio se aporta importante información económica, social y administrativa a la historia rural de nuestra tierra.

Ildelfonso David RUIZ LÓPEZ
Universidad de Granada

ISAÍAS ARRAYÁS MORALES, *Morfología histórica del territorio de Tarraco: ss. III-Ia. C.*, Colección Instrumenta, 19. Universidad de Barcelona, 2005. 303 pp. ISBN: 84-475-3007-8.

El libro que aquí presento es fruto de la tesis de Isaías Arrayás Morales, en donde el objetivo principal es el estudio de la morfología histórica del *territorium* de la antigua *ciuitas* de Tarraco durante el período tardo-republicano, a través de un análisis arqueomorfológico de la amplia llanura agrícola del Camp de Tarragona, teniendo en cuenta la importancia capital de Tarraco (*urbs*), desde un punto de vista estratégico, militar, político y administrativo, en la historia del noroeste peninsular.

La estructura en la cual está dividido este libro consta fundamentalmente de tres grandes partes, precedidas de un prólogo y una introducción, y terminando con unas conclusiones, una bibliografía y unos índices. Veamos brevemente una descripción de estas partes:

El prólogo corre a cargo de su director de tesis, Alberto Prieto Arciniega, en él comenta cómo se ha fraguado el trabajo que está presente en este libro, con un primer desarrollo de una tesis muy completa y trabajada, que luego tras un período de estancia postdoctoral en el que el autor adquiere una gran formación investigadora, le va hacer reelaborar la información de la tesis, y darle una mayor reflexión crítica al material que ya tenía, y así lograr extraer una parte mucho más profunda, que es el presente trabajo, por lo cual su director le felicita.

Acto seguido tenemos la introducción, donde el autor nos va a presentar la metodología que va a utilizar durante el trabajo, en este apartado se nos comenzaran estableciendo los objetivos que tiene el trabajo, como estudio de la morfología histórica del *territorium* más próximo a la *urbs* de Tarraco (no olvidar que la *ciuitas* (Tarraco)

se compone de *territorium* (posiblemente el territorio se correspondiese con la región Cesetana) y *Urbs* (que sería el asentamiento romano-indígena, que más adelante veremos su evolución). Este territorio más próximo será el denominado Camp de Tarragona, una llanura litoral, delimitada por el arco de montañas de la cordillera prelitoral catalana, y que el autor la elige para el estudio, pues aunque no sea todo el territorio, si es una parte bien delimitada, y suficientemente grande como para realizar el estudio.

Esta parte introductoria continua exponiendo las fuentes que el autor va a utilizar para el estudio, que básicamente va a ser la arqueología, aunque también utilizara para no perder de vista el marco de referencia histórico las fuentes literarias, la numismática y la epigrafía (estas tres últimas son escasas, mal conservadas y de complicada valoración, aunque en muchos casos aportan información muy importante y de primera mano). Por lo que respecta a la información arqueológica, decir, que en la mayoría de los casos proviene de prospecciones y excavaciones arqueológicas, y esta información a su vez debe ser interpretada, ya que sino perdería su razón de ser, por muy sistemática que haya sido su recogida.

Así por tanto tenemos un territorio, El Camp de Tarragona, que experimento una evolución a lo largo del periodo romano-republicano, y que llego a pasar de etapas finales ibéricas, con etapas de transición, hasta completar una evolución en la que veamos estructuras políticas, económicas, sociales y culturales plenamente romanas ya en época de Augusto, con un territorio plenamente integrado. Este proceso, denominado romanización, el autor lo va a estudiar a través de la arqueomorfología, que es la ciencia capaz de analizar la morfología histórica antigua de un territorio, por lo cual conoceremos las transformaciones históricas experimentadas.

Así en esta introducción el autor nos explica como a través del estudio de los paisajes fósiles y los catastros antiguos, podemos conocer la antigüedad. Estudiar su entorno, la concepción del espacio, así como distribución y organización impuesta al paisaje, posibilita comprender las formas de explotación y los sistemas de producción vigentes, esto nos permite comprender las bases sociales y económicas. La interrelación entre el paisaje y todos los elementos que actuaban en su interior en un período cronológico específico, permite entender más profundamente las bases que condicionaban la forma de vida y de actuación de una sociedad. Para acabar la introducción decir que al final vienen una serie de agradecimientos

El libro continúa con un primer gran apartado titulado “ El Camp de Tarragona en el marco del proceso de conquista romana de la Península Ibérica. Los testimonios, epigráficos y Numismáticos.”. En esta parte básicamente lo que hace el autor es un recorrido histórico desde la época del Ibérico Pleno hasta la época de Augusto, utilizando para ello las fuentes literarias, epigráficas y numismáticas. Vemos brevemente

este recorrido: La primera vez que se cita *Tarraco* en las fuentes clásicas, es dentro del conflicto de la Segunda Guerra Púnica, en donde *Tarraco* por sus condiciones geográficas es elegida por los Escipiones como base militar. A partir de este momento *Tarraco* será muchas veces citada por autores clásicos (Polibio, Tito Livio, Apiano, etc.), en la mayoría de las veces dentro del contexto de la Guerra Púnica, ya que después durante los ss. II y I a. C., pocas veces más será citada.

Tarraco pertenecía a la región *Cessetania* (como nos comenta Plinio y Estrabón), es más posiblemente fuera su capital. La arqueología ha encontrado en Tarragona un *oppidum* ibérico de cierta importancia, en donde pronto se estableció una guarnición romana, creando un *praesidium*, con su puerto y muralla, esto provocó una dualidad toponímica, al existir en una misma centro, una ciudad ibero-romana (*Tarraco*), pero también la capital del *populus cesetano* (*Kese*), con este último nombre acuñara sus emisiones hasta que se le otorga el estatuto de colonia, unas emisiones muy variadas y con una gran circulación monetaria, que van a imitar otras cecas de la costa catalana.

Así después de la Segunda Guerra Púnica, *Tarraco* se va a convertir en una ciudad peregrina, sin un estatuto conocido, y aunque conocemos poco de su historia durante los dos próximos siglos, sabemos por ejemplo que fue posiblemente el principal centro político-administrativo de la Citerior, al producirse la división provincial, quizás incluso más que *Cartago Nova*, muy importante también. También sabemos que *Tarraco* estuvo siempre al lado de Roma, con el consiguiente aumento de influencia política, siendo centro de operaciones durante las revueltas indígenas que sofocó Catón, o durante las guerras celtibéricas y Lusitanas, y ya durante el s. I a. C., se mantuvo neutral en las guerras civiles, y ayudó a César contra los pompeyanos, algo que le valió el estatuto de colonia tras la batalla de *Munda* en el 45 a. C., y aún verá crecer más su importancia tras la designación de Capital de la *Tarraconensis* con Augusto. Además *Tarraco* también conseguirá ser *conventus* jurídico.

Por lo que se refiere al territorio, *Tarraco* lo verá incrementado con el paso del tiempo, al igual que la ciudad, que crecerá anexionándose la parte romana y la indígena ya durante el s. II a. C., pues hay que decir que desde el principio en *Tarraco* hubo una población mixta compuesta de romano-itálicos (en su mayoría gentes de negocios) e indígenas, que poco a poco va haciendo que la segunda se integre dentro de las estructuras políticas, económicas, sociales y culturales de Roma, precisamente por ser esta romanización tan inmediata en *Tarraco*, desde muy pronto se integra en la órbita romana, la culminación de este proceso es la concesión del estatuto de colonia y la capitalidad de la provincia.

La segunda gran parte, titulada “El territorio de *Tarraco*. Las fuentes arqueológicas”, como ya he dicho anteriormente es la base sobre la que se asienta el estudio. En este apartado el autor va a realizar el análisis de las fuentes arqueológicas, para ello lo

primero que hace es delimitamos la región *Cessetania* y el *ager Tarraconensis*. Después se centra en el estudio de la evolución del poblamiento del Camp de Tarragona, desde los inicios de la ocupación romana hasta la época de Augusto, y para ello establece cinco grandes etapas (para su datación utiliza en gran medida la cerámica): 1/ Ibérico Pleno (ss. IV-III a. C.) (con cerámicas áticas y proto-campanienses). 2/ Finales del III a. C. y primera mitad del II a. C. (con cerámica campaniense A), 3/ segunda mitad del II a. C. (con cerámica Campaniense variante de la A, algo de la B y ánforas Dressel 1A), 4/ primera mitad del s. I a. C. (perdurarán algunas cerámicas A tardías, y abundantes las cerámicas campanienses B) y 5/ segunda mitad del s. II a. C. y la época de Augusto (con abundancia ya de terras sigilada y ánforas de producción local). De estas fases, destaca la tercera, en la que el autor percibe un notable cambio de hábitat, que explica por la creación de un catastro, destinado a reasentar a la población de una forma más acorde con los intereses romanos. Este reasentamiento se incrementará durante la fase siguiente y, sólo a finales del siglo I a. C., se puede decir que se implanta el sistema de la típica villa. Al final de este capítulo el autor presenta un inventario de los yacimientos constatados en el Camp de Tarragona entre el Ibérico Pleno y el período imperial.

Continuamos en el tercer capítulo el autor nos presenta su estudio arqueomorfológico del territorio, a través del análisis de las huellas que dejó la realización por parte de los romanos de un catastro para la asignación de tierras a los ciudadanos. Estas huellas serán fundamentalmente los límites parcelarios, la red de caminos, los lugares de culto y enterramientos, además de las perduraciones toponímicas. Así durante capítulo el autor nos propondrá una definición de catastro, las características, y acto seguido nos aclara algunos conceptos para la configuración del catastro romano, y luego pasa a describir lo que él denomina orientación A. Tras el problema de decir que un catastro es una *limitatio* o *centuriatio*, y no entender que puede haber catastración sin centuriación, el autor se dedica a comentar notorias diferencias entre catastro y centuriación. Respecto a la cronología, debemos concluir que habría que dar a la estructura catastral romana una datación de segunda mitad del s. II a.C. Ésta no responde a la propia estructura de la *limitatio* (es decir, a su módulo, al tipo de red establecida), pues la centuriación de 20 X 20 *actus* fue la más ampliamente utilizada por Roma, sin una cronología determinada. Se basa, fundamentalmente, en las variaciones constatadas en el patrón de asentamiento, pues la instauración del catastro romano comportó una profunda transformación en las pautas de ocupación del territorio. La posible existencia de otro catastro posterior no se niega, pero en todo caso se justifica como una *renormatio* o una simple ampliación del primitivo catastro.

Por último, la localización de diversos topónimos, susceptibles de revelar elementos del paisaje antiguo, apoyan esta propuesta catastral, aunque prudentemente el autor los sitúa en el justo terreno de las leyes de probabilidades.

Para acabar propone unas conclusiones, en las que se repasa brevemente los temas expuestos en todo el libro, concluye la obra con una extensa bibliografía, que en cierta medida muestra el gran trabajo que ha realizado el autor, y una serie de índices que ayudan a la búsqueda de información (índice de fuentes, toponímico, onomástico, materias y autores). Por lo que se refiere a la parte gráfica en este libro no se recoge al final, sino que durante el desarrollo del tema el autor nos ha ido presentado mapas, planos, gráficas y fotografías, que nos han ayudado a una mejor comprensión de lo expuesto.

Por último y dentro de del comentario personal que hago a la obra, destacar la importante formación investigadora que tiene el autor, que se percibe en muchos de los temas tratados. Además este estudio puede facilitar la comprensión global del territorio, al plantear las diversas problemáticas desde una óptica conjunta de funcionamiento histórico-arqueológico de la *civitas* como unidad territorial. En general me parece que en un tema tan complicado, como es el estudio de un territorio a través de su arqueomorfología, el autor ha conseguido extraer unas conclusiones históricas muy destacables, y que espero que sean muy provechosas para futuras investigaciones, por todo ello no me queda otra cosa que felicitar al autor y a su director de tesis.

Ildefonso David RUIZ LÓPEZ
Universidad de Granada